

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
 EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

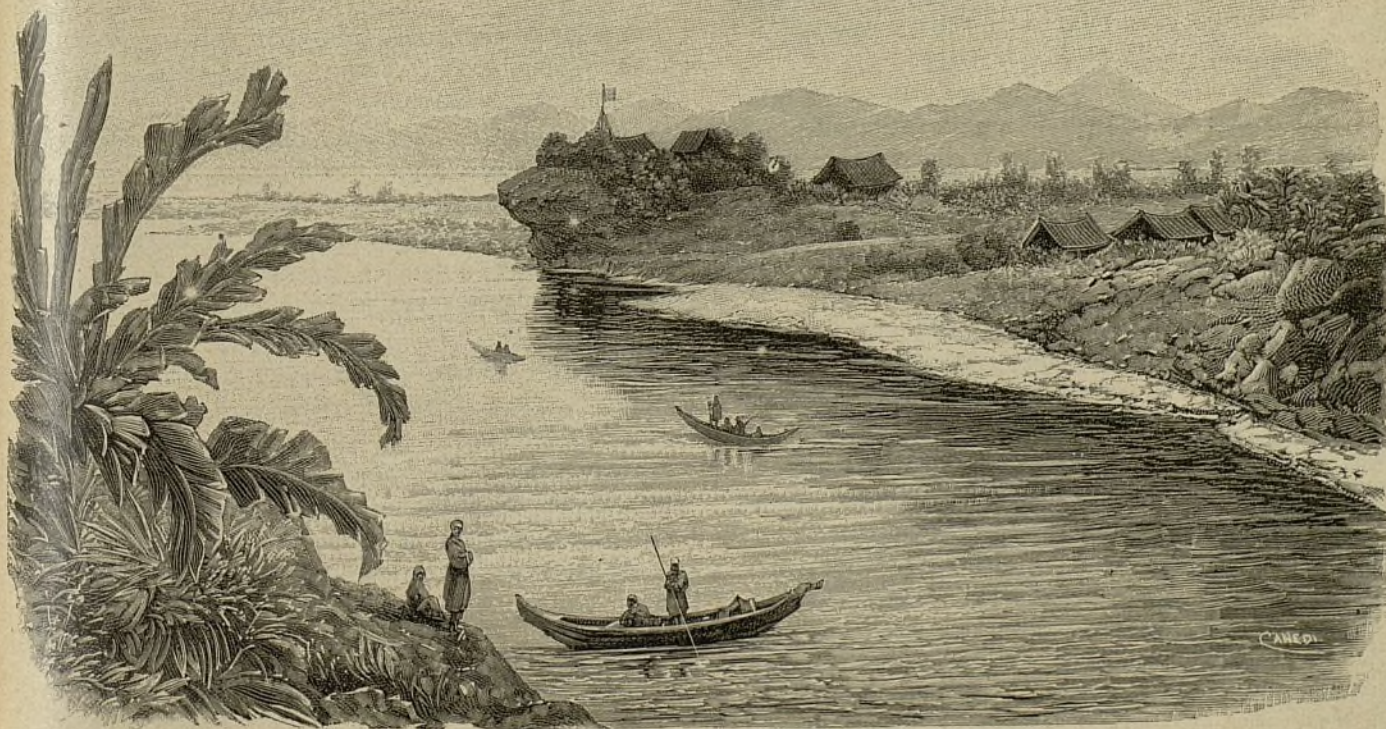
Se publica el 15 de cada mes

Año X.—Sábado, 14 Junio 1902.—N.º 186

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
 El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



TONKIN.—FORTÍN DE NGOC THAP Á ORILLA IZQUIERDA DEL RÍO ROJO

Reproducción de un dibujo á la pluma original del subteniente B... (Pág. 134)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Hakodaté (Japón); Tahiti (Oceanía); Archipiélago Gilbert (Oceanía).—EN LAS MISIONES DE CASANARE: Hechos de la revolución.—EN LOS ALREDEDORES DE FU-TCHEU (CHINA) (conclusión).—SERMÓN SOBRE LAS MISIONES (conclusión).—EL MAR LIBRE DEL POLO (conclusión).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—POR EL MUNDO.—APUNTES CIENTÍFICOS. SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE».—¡SIGÁMOSE! cap. VI, por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—TONKÍN: Fortín de Ngoc Thap á orilla izquierda del río Rojo.—Iglesia de Bau No.—Búfalos cruzando el río.—Subperfecto y su séquito.—Grupo de tiradores tonkines.—Poblado á orillas del río Negro.—Ilustraciones de la novela *¡Sigámosle!*

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

HAKODATÉ (JAPON)

LA TRAPA DEL JAPÓN

Con el mayor gusto publicamos la siguiente interesantísima carta que sobre los orígenes y progresos de la fundación de Nuestra Señora del Faro escribe el R. P. María Gerardo Peullier, prior del monasterio de este título.

A fines de Octubre de 1896 desembarcaron en el muelle de Hakodaté nueve Religiosos Cistercienses, destinados á la fundación de un monasterio de Trapenses bajo la advocación de Nuestra Señora del Faro. Los deseos del Ilmo. Berlioz comenzaban á realizarse. Desde mucho tiempo, en efecto, el Obispo de Hakodaté hacía diligencias para dotar á su vasta y pobre diócesis de un establecimiento de esta clase.

Para el buen éxito de tal empresa son indispensables dos cosas: un terreno de regular extensión, y la esperanza de reclutar más ó menos pronto novicios en el mismo país. No faltan tierras baldías en la isla de Yeso; y pronto se halló un emplazamiento conveniente, en donde el Ilmo. Berlioz mandó construir una casa provisional de madera.

Los principios fueron sumamente penosos. Todo parecía, en efecto, conspirar contra nosotros: el rigor del primer invierno, la enfermedad y aun la muerte, la hostilidad de las poblaciones comarcanas, los artículos á la vez grotescos y malévolos de los periódicos, la desconfianza del Gobierno, un tifón que derrumbó nuestro establo, y más que todo la escasez de recursos.

Respecto á este último punto, es un verdadero milagro que hayamos podido vivir hasta el presente. Muchas veces nos hemos visto reducidos á tal extremo, que nos preguntábamos si no era mejor que volviésemos á Europa. La vista, empero, de nuestros novicios tan fervorosos nos alentó á perseverar. Pronto se efectuaron las primeras profesiones de indígenas. Este movimiento no menguará, toda vez que el noviciado tiene reclutamiento seguro en nuestra escuela.

Paulatinamente, por lo demás, la mayor parte de las dificultades se desvanecieron. Los vecinos de Tobetse y de Ishibetse, que á cada paso nos intentaban procesos y acosaban á nuestra gente con disparos de fusil, se han ido calmando, y cuando nos ven trabajar en el cercado nos saludan con un cordial *konichi n'a* (buenos días).

Esto es debido á que las disposiciones de los altos funcionarios para con nosotros han cambiado mucho. Inquieto el Gobierno por nuestra llegada, tanto más cuanto los periódicos en boga nos presentaron como un hato de extranjeros de todos los países, dispuso que fuésemos vigilados: la policía secreta nos seguía de cerca; mas al cabo de tres años cesaron definitivamente todas las pesquisas.

—¡Son verdaderamente hombres del cielo! decía á su superior uno de los oficiales al presentarle un informe.

El mismo jefe de policía, al visitarnos, expresó la opinión, poco galante quizá, de que nunca le daríamos motivos para ocuparse de nosotros. Así lo esperamos también.

Desde entonces menudearon las visitas, ora de ligeros periodistas que anhelan escribir artículos de sensación, ora del presidente del Senado y aun del mismo gobernador de Hokkaido. Sin embargo, por más que sea un honor para nuestra Señora del Faro recibir dentro sus *tablas* (iba á decir sus muros) á personajes de distinción, nuestros recursos no aumentan por eso un céntimo. Los visitantes, ni como personas privadas ni en nombre de su Gobierno, nos prometen auxilio alguno.

Contamos aquí tres clases de obras, que vamos á señalar sucesivamente.

Nuestros cristianos

Sin dejar de aplicarnos á nuestros deberes de Religiosos contemplativos, hemos mantenido relaciones con los paganos de las cercanías, lo que nos ha permitido administrar el bautismo á unas cincuenta personas entre adultos y niños. Estos neófitos, que nos son muy adictos, no pueden menos de atraer á nuestra Religión á sus parientes y amigos. Trátase ya de fundar un pueblo cristiano en nuestra posesión. Bello sueño ¡ay! que está muy lejos de realizarse si no se viene en nuestro auxilio.

Además del bien que hemos hecho al rededor del monasterio mismo, podemos ejercerlo en mayor escala por medio de las *granjas*.

Cuando un monasterio cisterciense posee á larga distancia un terreno, instálanse en él obreros ó Hermanos laicos para el cultivo, designándoles un Religioso sacerdote para las necesidades espirituales de la localidad.

Nuestros niños

Al llamarnos al Japón el Ilmo. Berlioz, era su intento encomendarnos un asilo para huérfanos. Así, pues, tenemos á nuestro cargo veinticinco niños, que reciben, con la instrucción, el alimento y el vestido. Si no que-

remos ver cerrada nuestra escuela, debemos conformarnos á los Reglamentos publicados estos últimos años por el Ministerio de Instrucción pública, esto es, construir un edificio en las proporciones exigidas, y tomar á nuestro cargo un maestro con título superior. Así es que esos muchachos han venido á ser para nosotros ocasión de un gasto enorme, toda vez que es insignificante lo que produce el trabajo manual á que pueden dedicarse.

Mas no podemos pensar ni un momento en abandonar esta obra, que justifica nuestra venida á este país, desconfiado y susceptible hasta lo sumo. Sabida es la manía de los japoneses por la instrucción: la escuela nos salva.

Otra de sus ventajas es que nos proporciona excelentes sujetos para el monasterio. No faltan las peticiones de ingreso; pero los postulantes tienen que merecerlo con algunos años de conducta ejemplar. A los muchachos que no dan señales de vocación, se les coloca según sus aptitudes una vez terminada su enseñanza. Ahora que está edificada la escuela, nos sería fácil aumentar el número de alumnos sin otros gastos suplementarios que el de su mantenimiento.

Nuestros Religiosos indígenas

El objeto principal de nuestra fundación ha sido introducir en el Japón la vida religiosa. Somos aquí, en efecto, la primera y única Orden religiosa. Si es cierto lo que se dice que vale más hacer un sacerdote indígena que un millar de cristianos, con mucha mayor razón puede decirse de un Religioso destinado al sacerdocio. Contamos actualmente once japoneses, cinco profesores y seis novicios: otros tres ingresarán en breve. Nuestra casa provisional, construida para quince personas, contiene ya veintidós... Ahora bien, en las circunstancias actuales no podemos soñar en construir. Ante todo es preciso comer. Así es como por falta de recursos todo languidece.

Hasta el presente hemos vivido al día de las limosnas que nos mandaban de Francia. Pero la fuente de la caridad se ha agotado, por haberse visto obligados á suspender sus ofrendas los monasterios que nos sostenían.

Por nuestra parte hemos hecho ya cuanto era posible. Nuestras privaciones y la explotación parcial de nuestros terrenos nos han librado de la ruina hasta el presente. Los productos que elaboramos, y especialmente la manteca, empiezan á ser conocidos. ¡Ah! ¡si contásemos con medios para activar los trabajos de desmonte, que aumentarían nuestros productos! Ciertamente podremos vivir un día con nuestros propios recursos, conforme exigen nuestras constituciones, y esta es una razón más que debe mover á las almas caritativas á venir en nuestro auxilio.

El monasterio actual, si lo respetan los tifones, puede durar todavía unos veinte años. Entre tanto, una ala nueva nos permitirá admitir algunos postulantes más y asegurar así la vitalidad de nuestra obra principal.

Nunca seremos ricos; pero, si llegase el caso, lo su-

perfluo se emplearía en buenas obras en favor de los pueblos comarcanos. Así, á medida que las tierras exigirían más jornales, duplicaríase la cifra de nuestros cristianos. El aumento de productos nos permitiría educar mayor número de niños, quienes, después de una excelente instrucción, irían por todas partes á instalar nuevos centros de Religión, donde se afiliarían á nuestra Orden para apresurar, por sus oraciones y sacrificios, la conversión de su patria.

TAHITI (OCEANIA)

LA MISIÓN DE LAS ISLAS COOK

El archipiélago de las islas de Cook, oficialmente anexionado á Inglaterra el 8 de Octubre de 1900, está situado al Sudoeste de Tahiti, y compónenlo seis tierras habitadas y algunos islotes desiertos, conteniendo todo el grupo una población indígena de siete á ocho mil almas. Forma parte del vicariato apostólico de Tahiti, confiado á la Congregación de los Sagrados Corazones, de Picpus: recibió la primera visita del misionero católico en 1894. Actualmente contamos allí un centenar de neófitos, dos estaciones con capillas, una escuela á cargo de cuatro Religiosas de San José, de Cluny, un catequista y un misionero.

CARTA DEL R. P. BERNARDINO CASTANÉ

En el mes de Septiembre de 1900 los principales jefes de las islas Cook enviaron al gobernador de Nueva Zelandia una petición por la cual solicitaban la anexión de su archipiélago á Inglaterra. No se hizo esperar la respuesta. Transcurridas tres semanas el gobernador de Nueva Zelandia llegó á Rarotonga en un buque de guerra, y el 3 de Octubre, á las diez de la mañana, desembarcó con algunos oficiales, dirigiéndose acto continuo al palacio de la reina Makea, seguido de gran parte de la población. Allí leyó un discurso, para manifestar que había recibido una petición de los jefes pidiendo la anexión de sus islas, y que venía á asegurarse de que tal petición se había hecho libremente.

—Regreso á bordo, añadió al terminar, dejándoos una fórmula de contrato: firmadla si lo juzgáis á propósito, y remitídmela luego.

Después de la partida del gobernador los principales jefes firmaron el contrato y lo pusieron en manos del residente, que se apresuró á llevarlo á bordo.

El gobernador inglés desembarcó en seguida de gran uniforme, acompañado de todo el estado mayor del buque y de unos cincuenta soldados. El residente, con las insignias de teniente coronel, acompañó el cortejo al palacio de la reina Makea, donde hay el mástil del pabellón. Después de leer el gobernador una difusa proclama anunciando la toma de posesión del archipiélago Cook por Inglaterra, el capitán del buque izó el pabellón inglés en lugar del de Rarotonga, la pequeña charanga de la embarcación ejecutó una pieza, hicieron salva los cañones y cada cual se volvió á su casa. Una hora más tarde el buque había desaparecido, para ir á dar una vuelta por las islas y anexionar el archipiélago de los Tonga.

La población quedó descontenta al ver tanta sencillez, y muchos decían:

—¡A tratarse de Francia hubiera sido mayor la fiesta!

Permitidme dé aquí lugar á un singular recuerdo retrospectivo.

Cuando llegué á las islas Cook, en 1894, no fué poca mi sorpresa al hallar vigente un calendario que adelantaba veinticuatro horas al de Tahiti y de todo el resto del mundo. Cuando me creía en lunes, los indígenas me decían: «Estamos en martes;» y si hubiese tenido la desdicha de barrer mi casa en sábado, toda la población (enteramente protestante) hubiérase escandalizado, denunciándome como violador del descanso dominical, pues aquel día era domingo en el archipiélago.

¿Cuál era la causa de esta diferencia de un día? Simplemente un error cometido, hace ya muchos años, por los primeros ministros protestantes que desembarcaron en estas playas. Estos bravos predicantes, que no eran matemáticos ni astrónomos ni geógrafos, no advirtieron que yendo de Este á Oeste habían ganado doce horas sobre su punto de partida, y que cuando los relojes de Londres tocaban, por ejemplo, las doce del mediodía del 1.º de Enero, apenas si los de Rarotonga podían marcar la una de la madrugada del primer día del año.

En vez de contar esta diferencia en su favor, estos señores se imaginaron que iban atrasados unas doce horas, y como apetecían ante todo marchar conformes con sus hermanos de Inglaterra, adelantaron atrevidamente de doce horas la denominación de los días de la semana, lo que, junto á las doce ganadas en su viaje, hizo un adelanto de veinticuatro horas, ó sea un día sobre todos los demás países del mundo civilizado.

Los indígenas, á quienes les era indiferente el caso, aceptaron sin examen esta equivocación mayúscula; pero yo no podía imponer la ceniza el martes gordo, ni solemnizar la fiesta de Pascua el Sábado Santo. Empecé, pues, inmediatamente activa campaña contra error tan evidente, y al cabo de cinco años de lucha tuve la satisfacción de hacer triunfar la causa del buen sentido. En Agosto de 1899 el Parlamento de Avarua, por siete votos contra cinco, declaró quería conformar su calendario con el de los otros países cristianos, y dispuso que este acto se efectuase por la fiesta de Navidad, que fué doble aquel año.

ARCHIPIÉLAGO GILBERT (OCEANIA)

Misión de San José

CARTA DEL R. P. A. TOUBLANC SOBRE LA FUNDACIÓN DE LA RESIDENCIA DE ONOTOA

Quisiera callarme, desearía quedar ignorado, muerto y sepultado en el olvido en mi isla del Peru. Pero el Ilmo. Leray me obliga á dar señal de vida, y lo que es más, á publicar mis peripecias apostólicas, al mismo tiempo que los prodigios realizados por Dios, todo seguramente para mayor honra y gloria de su Sagrado Corazón. Escribiré, pues, estas líneas, inspirándome en estas hermosas palabras: *Misericordias Domini in eternum cantabo.*

Ante todo os diré que al llegar, hace un año, á las islas Gilbert, no tuve la satisfacción de verme destinado

á una isla donde se halla ya un hermano de hábito que reciba á uno á brazos abiertos y le aprenda la lengua del país; este favor estaba reservado á los reverendos PP. Raynaud y Van-Hoogstraten: no tuve ni aun la suerte del P. Quoirier, á quien acompañó un Hermano que sabía perfectamente la lengua: no tuve otro compañero, fuera del Hermano Luis, vuestro antiguo sacristán, tan incapaz como yo de hacerse comprender en gilbertino. Pero ¡viva la santa obediencia, que es la manifestación de la voluntad de Dios! ¿Y á qué isla hemos sido destinados? A *Anotoa*, donde el jefe y todo su Consejo odian furiosamente á los católicos, y acababan de expulsar, con el beneplácito del Gobierno inglés, al último catequista católico, bajo pretexto de que los pocos católicos que había en la isla ponían la discordia en la población. Es allí donde una tarde de Febrero de 1899 su ilustrísima nos ha puesto sobre la playa á los dos, sin abrigo, en medio de una turba de indígenas enemigos, y excesivamente curiosos, queriendo saber lo que teníamos en nuestras maletas.

El Ilmo. Leray me había dicho aparte para que el Hermano no lo comprendiera: «Quedaréis aquí algunos meses para instalar bien al Hermano, visitar los habitantes con dulzura y bondad, poner bien en claro en el registro las familias católicas, los bautismos, los matrimonios, etc.; y después os destinaré á la isla de Peru, donde no hay más que un Hermano.» Dicho esto, oramos juntos, y su ilustrísima toma de nuevo el vapor para ir á instalar el P. Quoirier á la isla de Kukunau: no puedo deciros con precisión lo que tuvimos de sufrir la primera noche sobre la ribera, en medio de aquella turba de fantasmas negras, que continuamente daban vueltas al rededor nuestro, hablando con voz exaltada cosas que nosotros no comprendíamos ni siquiera una palabra. Sólo comprendimos, sí, que los gestos de amenazas y escarnios se dirigían á nosotros. No habíamos cenado y el hambre ya se hacía sentir, probamos de abrir una caja para sacar un *biscuit*, pero en aquel momento un grupo de muchachos se precipita hacia nosotros para saber el contenido de esta caja; era completamente imposible apartar á aquellos niños, porque sus padres estaban allí; al menor gesto de amenaza hubiéramos sido descuartizados. Este *biscuit* nos quedaba en la garganta: fuimos á pedir un poco de agua á la mujer de un *trader* (mercader) que sabía algunas palabras de inglés; nos dió en una nuez de coco agua podrida, diciendo que era la mejor de toda la isla; la bebimos y le dimos las gracias; luego dirigiéndonos á Dios, decíamos de todo corazón: *Fiat.*

¡Pudieran estos sufrimientos unidos á los de nuestro Divino Maestro abrirnos el cielo á nosotros y á estas caras almas á quienes veníamos á evangelizar! Después de todo esto deseábamos reposar sobre tierra firme, porque ya hacía seis semanas estábamos sacudidos sobre el barco y éramos víctimas del mal de mar. Habíamos andado 2,000 leguas desde Sydney (Australia) hasta nuestra isla, habiendo pasado también por las islas Elices á instalar al P. Cochet. Imposible tener reposo; un ejército de mosquitos cayó sobre nosotros, zumbando y volteando sobre nuestras orejas, para hacernos comprender con sus picaduras que no estamos en el hermoso país de Francia. Empero, poco nos importaban

estos sufrimientos, que más ó menos debían renovarse cada día: nuestra sangre ya no nos pertenecía; mas ¿no habíamos, pues, cantado bien alto durante la travesía de los mares: «Por Jesucristo todos queremos morir?»

Al siguiente día buscamos los pocos católicos, que residían bastante lejos de aquel lugar. Les alquilamos un pequeño sotechado que pertenecía á cuatro indígenas; dos de éstos eran protestantes y rehusaban alquilárnoslo. Pero al ver lo que les daríamos cada año por fin se decidieron: nos ayudaron á transportar á este lugar nuestros equipajes. Hacía un calor insupportable; justamente estamos en la línea ecuatorial. El pobre Hermano Luis, que habitaba por primera vez esta zona tórrida, sudaba sangre y agua al trans-

portar las cajas. Apenas habíamos abierto nuestro último bulto cuando el jefe de la isla ordena á sus *policemen* (guardias) quitar de allí todos nuestros equipajes y transportarlos más lejos, á la casa de un *trader* blanco, hasta la llegada del próximo barco. Nos resignamos buenamente á esta persecución, en esta circunstancia tan penosa; nos encomendamos al Sagrado Corazón y á su Divina Madre, y fuimos en cierto modo escuchados, porque el vapor del vice-gobernador inglés, que no viene sino dos veces al año á estas islas, llegó seis días después.

Estábamos contentos, y esperábamos mucho de este agente del gobernador, pero fuimos muy poco oídos, pues á todas mis quejas y á todas mis reclamaciones de libertad religiosa bajo el pabellón inglés, él me respondía: «¿Por qué venís á una isla donde se os detesta, donde se os odia? No os obligo, pero os aconsejo que marchéis; si persistís en quedaros no vengáis á quejarnos cuando seáis incendiados, maltratados y perseguidos.» Añadió: «Además aquí no tenéis ningún católico, toda la isla es protestante.» Yo le respondo: «Dispense V., señor; el Ilmo. Leray vino aquí hace algún tiempo y bautizó á 360; he aquí sus nombres en este registro, pero como no puedo permanecer en esta isla habiendo sido llamado á otra parte, algunos se volvieron al Protestantismo.» El me respondió: «Os desafío á encontrar doce hombres católicos, si excluís los niños y los viejos.» Yo estaba bien persuadido que hallaríamos más. Envió á sus policías á buscar todos los católicos de edad madura, quienes debían declararse católicos públicamente en la gran *Maneapa* (casa pública). Yo le dictaba los nombres y él los hacía llamar. Pero cuando les vió venir, rosario al cuello y diciendo que eran católicos, no sabiendo hasta qué número vendrían, cesó él mismo de interrogarles cuando llegó á los diecinueve ó á los veinte; empero yo estaba muy lejos de haber acabado los nombres. Creía haber ganado mi proceso y



TONKIN.—IGLESIA DE BAU NO.—Reproducción de fotografía por el P. Girod. (Pág. 137)

haber obtenido la libertad para mis católicos y para nosotros, pero nada. Empezó á decirnos de nuevo que éramos detestados y odiados por las Autoridades de la isla; que miraba con horror ver correr la sangre, y que de ningún modo respondía de lo que podían hacernos sufrir los indígenas: nos citó el ejemplo del P. Richard, que acababa de ser incendiada su residencia, y nos inducía sobremedida á seguirle en su vapor... Nosotros le respondimos que estábamos prontos á sufrir por la fe católica y por la salvación de nuestro reducido rebaño, y nos dejó en lo más acalorado del debate, porque apenas debía quedar un día en la isla de *Onotoa*. Antes de su partida le pedí ordenara al *policemen* devolver nuestros equipajes al sotechado que habíamos alquilado; lo obtuve, pero tuve que pagar el porte. Un buen católico nos prestó su casa para servir de iglesia, durante un mes ó dos; después de esto no nos persiguieron mucho, limitándose toda su persecución á no permitir á los niños que vinieran á visitarnos. Pero los adultos venían á la Santa Misa. En la última Pascua tuve 57 comuniones. Habiendo hecho después poco á poco conocimiento con los indígenas, pude bautizar unos sesenta entre niños y adultos. Era demasiado para el jefe de la isla, quien me escribía cartas furibundas, una tras otra, repitiéndome con un cierto tono, que tenía tomadas todas las precauciones para llevarme á la fuerza al próximo vapor; decía textualmente: «Te llevaremos á tu barco;» lo que contentaba mucho al Hermano Luis, quien me decía: «Por lo visto sólo quiere á V. solo el jefe de la isla.» Le respondí: «Este profetiza, caro Hermano; creo deber declararos que su reverencia el Ilmo. Leray me llama á Peru; él mismo vendrá aquí á buscarme para llevarme consigo en el próximo barco.» Aceptó el Hermano valerosamente esta noticia, y prometió quedarse solo tanto tiempo como le obligase la obediencia. Esto se realizó punto por punto, pues aún está solo hoy día. Sólo estuve cuatro

meses en *Onotoa*; fué durante los dos últimos que nos persiguieron más. Hice construir tres iglesitas en diferentes parajes, lejanos los unos de los otros, con el fin de que nos sirvieran de refugio cuando visitáramos ó administráramos esos contornos. Pero el jefe de la isla las hizo destruir por sus agentes de policía, y al mismo tiempo prohibió á los nuevos convertidos de seguirnos. Los nuevamente bautizados, lleno de fervor su pecho, no hicieron caso de la prohibición del jefe de la isla, de suerte que fueron reducidos á prisión y condenados á trabajos forzosos como *culpables de haber asistido á Misa el domingo*. Tenía compasión de ellos cuando los veía pasar cerca de mi residencia cargados sus negros hombros con enormes piedras, hostigados y conducidos por el *policemen*. Afortunadamente que esto no me privaba de hablarles y animarles. Se tenían por dichosos pudiendo sufrir por la fe católica. En medio de este estado de cosas llegó el vapor con el Ilmo. Leray, que venía á buscarme. Su Ilma. salta á tierra, y toda la población viene á su encuentro inducidos por la curiosidad. Muy pronto le puse al corriente de lo que pasaba, y sin tregua nos dirigimos á la *manéapa* (casa pública). Allí estaba el jefe de la isla con todo su Consejo. Su ilustrísima era portador de una carta del gobernador de *Fidji* concediéndonos la libertad de ejercer y enseñar nuestra Religión en todas las islas Gilbert. Leyóla al jefe y á toda la asamblea; éste no quiso dar fe á la carta, y por respuesta nos ordenó marchar de la isla inmediatamente. El Ilmo. Leray le dijo: «Sí, me llevaré al Padre á Peru, pero el Hermano quedará aquí hasta que reciba órdenes contrarias.» Entre tanto el *policemen* entra en nuestra Residencia y transporta todos nuestros equipajes al vapor, mientras tanto el Hermano Luis los volvía á la Residencia, porque el capitán, que había sido prevenido de antemano, rehusaba recibir en su vapor al Hermano y sus equipajes. Hubo una guerrilla durante cortos momentos. Su Ilma. y yo habíamos subido; los policías indígenas querían detener el vapor y no dejarle marchar hasta que estuviera dentro el Hermano con todo su equipaje; el capitán pegaba á los que tenían cogido su esquife, diciendo que era libre de recibir á quien le daba la gana en su vapor. Así en medio de estos gritos y murmullos marchamos de la isla de *Onotoa*, y así quedó solo el Hermano Luis en medio de sus enemigos. Afortunadamente es muy fervoroso y apacible en el trato. Tiene además un buen número de católicos, quienes le serán causa de consuelo... En otra carta les daré noticias de mi isla Peru, donde sucede todo lo contrario.

Termino esta mi carta á la vista de la isla de Peru, enviándoles con ella mis fraternales homenajes y declarándome vuestro afectísimo *in Corde Jesu*,

ATANASIO TOUBLANC,
misionero del Sagrado Corazón.

HECHOS DE LA REVOLUCIÓN

EN LAS MISIONES DE CASANARE

III.—*Manare*

De punto subió aquí el rigor con que trató la revolución á los misioneros, extremando la dureza de los sufrimientos.

Hasta el 6 de Enero del presente apenas se había dejado sentir por allí desde el día en que estalló, si no era en la forma de alarmas y sobresaltos de los pobres indios de aquella Misión; pero en ese día se descargó su furia contra los Padres con una violencia que no se podía imaginar, sirviéndose de la pesada mano de Avelino Rosas, cuya es totalmente la hazaña que vamos á contar.

Como á las cuatro de la mañana de ese día, cuando aún estaban descansando todos los habitantes de *Manare*, así como los Religiosos que allí estaban, se presentó en la casa de éstos una Comisión de ocho hombres armados enviados por Avelino Rosas, al mando del señor Landa, que mencionamos antes, intimándoles la orden que llevaban de registrar inmediatamente la casa é iglesia, y conducirlos presos á Moreno, donde á la sazón se encontraba Avelino, recién llegado de Arauca.

La sorpresa de los Padres al encontrarse con visita tan inesperada, á tal hora y en tal día, el de los Santos Reyes, en que se celebra la fiesta de la Virgen de *Manare*, y particularmente al recibir de Avelino Rosas, de quien por entonces no tenían noticia alguna de que estuviese en Casanare, orden tan impensada, debió de ser grandísima.

Encontrábanse allí entonces los PP. Marcos Bartolomé, Pedro Fabo, Alberto Fernández y Jesús Martínez, con los diáconos y subdiáconos Fr. Amadeo Alvarez, Mariano López, Valeriano Tanco y Julián Ciriza. Los dos primeros estaban como de paso, pues en el mismo día ó al siguiente debían salir de allí para Arauca á incorporarse á la Comisión mixta demarcadora de los límites con Venezuela en la sección de Arauca; de los restantes, tres estaban allí como de residencia, y los otros tres no más que transitoriamente hasta que pasase la fiesta de *Manare*, en que debían volver á nuestra casa de *Támara*.

Véase el por qué de haberse hallado reunidos tantos Religiosos en un pueblo tan pequeño: el viaje á Arauca y la fiesta de la Virgen.

Y el no habernos hallado también nosotros allí por razón de esta fiesta, que tan de nuestro agrado es por ser de la Virgen, no sabemos á qué atribuirlo si no es á disposición providencial del Señor.

Durante el desayuno conversaron los Padres con sus *amables huéspedes*, y después se procedió á dar cumplimiento á la orden del general Rosas, registrando la casa y la sacristía, y acaso también la iglesia.

Una previsión, digna de todo encomio, había puesto á buen recaudo días antes las cosas de algún valor de uno y otro punto; gracias á la cual nada ó casi nada de mérito lograron llevarse; sólo lo que intencionalmente se había dejado allí como cosa de poca importancia, y

que era una caja ó petaca llena de figurillas de plata de poco valor, que los indios llaman *milagros*, y que ofrecen á la Virgen en agradecimiento por algún favor ó gracia que de ella han recibido en el alivio de un dolor, curación de alguna enfermedad ó cosa parecida. De esos *milagros* (ex-votos) habría como unos tres kilogramos y medio, recogidos en tres ó cuatro años.

Si los enviados de Rosas hubieran comprendido que aquello no valía nada, pues la plata es ordinariamente de moneda de 500 milésimos, y las figurillas son de hechura fea y grotesca, se hubieran ahorrado el trabajo de llevar ese peso á cuatro leguas ó más de camino que hay de Manare á Moreno, á más de excusarse el incurrir en cierta especie de sacrilegio, y también el dar un escándalo grandísimo á los pobres indios, y el provocarles á que hicieran lo que hubieran hecho si los Padres no los disuaden de su intento.

Ejecutado el registro, urgía el coronel Landa que se pusiesen en marcha los Padres con dirección á Moreno, donde los *aguardaba* Rosas; pero los Padres, en atención á ser aquel día tan solemne en la Iglesia y el de la fiesta de la Virgen de Manare, tan venerada en aquella región, rogaron á Landa que los dejase celebrar la fiesta que ya tenían preparada, y que estaban esperando los fieles que habían acudido á ella; pero el coronel se resistió abiertamente, y sólo accedió por nuevas instancias, á que se celebrase siquiera una Misa rezada para que los fieles no se quedaran sin ella en día tan solemne: acabada la cual, se encaminaron hacia Moreno escoltados por aquellos emisarios del Sr. Rosas.

Muy lejos estábamos de imaginarnos lo que había sucedido en Manare, cuando hacia las cuatro de la tarde recibimos la notita siguiente, escrita con lápiz en un pedazo de papel:

«Ilmo. señor:

«Avelino Rosas en Moreno. Hoy, á las cuatro de la mañana, vino una Comisión á llevarnos á todos á Moreno, para donde salimos en este momento. No se afane. No nos han permitido celebrar (sólo el P. Jesús dijo una Misa rezada); y han registrado la casa. Dicen que... es causante de todo, en unión de los... (1).—Afectísimo...

«Manare, 6 de Enero de 1900.»

Puede adivinarse cual sería la impresión que recibiríamos al leer esas líneas. Elevamos el alma al Señor pidiéndole misericordia para los perseguidos y sus perseguidores, y luego contestamos á los Padres en tarjeta que pudiese ocultar el portador.

Aguardando estábamos al día siguiente respuesta de los Padres á la tarjeta, que después supimos no llegaron á recibir, y pensando qué haríamos en tan tristes circunstancias, cuando se presentan en nuestra casa nada menos que cuatro hombres, trayéndonos la comunicación siguiente, que á la letra dice:

(1) En los puntos suspensivos llamamos los nombres que cita, por tratarse de súbditos nuestros, á quienes no queremos que les caiga borrón de tanta afrenta, como el de delatores falsos y calumniosos de los Padres.

Que se arrepientan de su maldad es lo que deseamos.

«*Estados Unidos de Colombia*.—Número 15.—*Estado Mayor General del Ejército Liberal Reconstructor de la República*. Moreno, 6 de Enero de 1900.

«A S. S. Ilma. Rvdmo. Fr. N. de las Casas y Conde.—Támara.

«El ciudadano General Comandante en Jefe del Ejército dictó el día de ayer orden de arresto contra los RR. PP. Valeriano Tanco, Julián Ciriza, Marciano López, Amadeo Alvarez, Jesús Martínez y Alberto Fernández, y orden de prisión (así dice) contra los reverendos PP. Marcos Bartolomé y Pedro Fabo, por hechos punibles cuya responsabilidad recae sobre S. S., por ser súbditos de S. S., confirmado esto con la misma manifestación que los reverendos Padres mencionados han hecho al ciudadano General en Jefe del Ejército.

«Pongo en conocimiento de S. S. la disposición anterior, y tanto por la corta permanencia del Cuartel General en esta plaza vista (así pone) las necesidades de la guerra, como por la gravedad del hecho que pongo en conocimiento de S. S., espero se presente tan pronto como reciba esta nota, y en el término de la distancia, con el fin de esclarecer los hechos y poder aplicar al verdadero culpable ó culpables la pena á que se han hecho acreedores.

«Adjunta le acompaño una nota dirigida á S. S. por los referidos súbditos, en la cual le suplican lo mismo que la Comandancia General le exige, por medio de la presente nota.

«Respetuosamente me suscribo servidor q. b. s. m.,

G. MÁRQUEZ.»

Hacia las diez y media a. m. del día 8 de Enero recibimos esta comunicación, tan irrespetuosa por el fondo y por la forma, y con ella la cartita que nos enviaban los pobres Padres, presos ya en Moreno.

La carta de los Padres, el desear éstos que nos llegásemos á Moreno, fué, en verdad, lo que nos impidió hacer la resistencia que hubiéramos hecho á la *exigencia* arrogante del encarcelador de los misioneros, pues le hubiéramos contestado con la energía que de nosotros exigía el deber de nuestro cargo, y con la protesta debida al ultraje que nos había inferido y á nuestros Religiosos con la prisión arbitraria y tiránica de éstos. Pero la lástima que nos dió la penosa situación de ellos, y el deseo de librarlos de ella lo antes que nos fuera posible, fueron los estímulos que nos movieron á emprender la marcha.

Para que el general Rosas y sus compañeros entendieran bien que á su presencia nos llevaba el cumplimiento de un deber de nuestro cargo en defensa de nuestros misioneros y de nuestra iglesia violentamente ultrajada, y no el obediencia á la *exigencia* de la Comandancia, ni sumisión alguna al encarcelador de los Padres, hicimos que el Padre que nos acompañaba se nos adelantase un poco antes de llegar á Moreno, para anunciar á los pobres presos nuestra llegada, y mandar tocar las campanas del pueblo, cosa que otras veces no habíamos hecho, pues queríamos entonces en-

trar en él como Autoridad eclesiástica y superior espiritual de todos sus habitantes, incluso Avelino Rosas y todos los suyos.

Así se hizo, en efecto, y ya nos disponíamos á entrar en traje de autoridad, dejando el de camino, cuando uno de los Padres presos, dejando como en rehenes al que habíamos enviado delante, salió á nuestro encuentro á darnos una idea de lo sucedido.

Le preguntamos en qué parte estaban presos los Padres, y dónde estaba Avelino Rosas... No dió lugar á las respuestas la llegada en aquel momento del Jefe civil y militar de Moreno, quien, después de un saludo que, más que otra cosa, nos pareció un *Ave Rex*, nos condujo á la casa en que estaban los Padres, libres ya de la prisión cuartelaria en que habían estado hasta aquella mañana, desde que llegaron de Manare en medio de la *honorable* escolta que dijimos antes.

Los Padres dieron principio á la relación de todo lo que les había sucedido en Manare y Moreno.

Antes que la traslademos al papel, la gratitud nos mueve á consignar con verdadero placer que la casa amiga en que estaban hospedados los Padres es de la familia Norzagaray, una de las más honradas y más cristianas, prácticamente cristianas, no sólo de Moreno, sino de todo Casanare. En ella se encontraba entonces una señora, cuyo nombre bien merece estar escrito no sólo en esta página, sino en el libro de la vida, por su abnegación, que raya en el heroísmo, y por su desinterés en favor de los Padres. Es la Sra. D.^a Enriqueta Robin, esposa del Sr. D. Marco Antonio Torres, intendente que fué de Casanare. Esa señora, delicadísima por constitución, y más, si cabe, por la debilidad de su salud, tuvo el valor de abandonar su casa, sus hijos, su reposo y tranquilidad, y hacer á pie un viaje de cuatro leguas ó más que hay de Manare á Moreno, atravesando varias quebradas y el río Aripuro, por acompañar á los Padres y auxiliarlos en lo que pudiese en la terrible tribulación en que estaban. Ella fué la que, con otras pocas señoras (muy pocas, por desgracia), suministró alimentos á los pobres encarcelados durante los dos días y medio, casi tres, de su prisión cuartelaria. Y ella fué la que, en la mañana de salir Rosas de Moreno, logró con una fianza de dos mil pesos en oro americano por cada misionero, que seis de éstos quedaran libres de la prisión de cuartel, teniendo por cárcel el pueblo, ó que no se los llevara consigo Avelino, como se llevó á los PP. Marcos y Pedro, para los cuales no consiguió recabar ni esa mísera libertad siquiera. ¡Honor y gratitud eterna de nuestra parte á esa cristianísima señora, á la cual bendiga el Señor plenamente con toda su familia!

Veamos ya lo que nos refirieron.

El P. Alberto, en nombre de todos los demás, principió á informarnos de lo acaecido en Manare.

Y en esto de la relación iba el Padre, cuando se nos presentó en la casa el jefe civil y militar D. Francisco Cuellar, acompañado de los coroneles Tadeo Cuellar, hermano suyo, y el venezolano Landa, haciéndonos saber lo que ya nos habían indicado los Padres, que el general Avelino Rosas había marchado para Pore, llevándose consigo á dos Padres; y que si continuábamos el viaje lograríamos vernos con Rosas en esa noche, y

acaso, hablando con el General, conseguiríamos la libertad de los dos que llevaba presos.

—Sigamos, pues, contesté al momento: que ensillen otra vez y vamos adelante.

Esta contestación pronta en que nos mostrábamos dispuestos á continuar la marcha sin haber descansado del viaje, nos libró de que entonces nos intimaran la orden que tenían de Rosas, de llevarnos presos, como nos lo dijeron después; intimación que Landa estaba dispuesto á hacernos si por cualquier motivo nos hubiéramos negado ó mostrado reacios á seguir los pasos de Avelino.

En vista de nuestra prontitud de ánimo, cambiaron de actitud los servidores de Rosas, disimulando la intención que abrigaban, y nos dijeron:

—No; mejor será que descanse un rato, y tome alguna cosa antes de marchar.

Tomamos, pues, un almuerzillo hecho á la ligera; y á la hora y media de haber llegado á Moreno estábamos de nuevo en marcha con dirección á Pore. (A las doce y media habíamos llegado, y á las dos de la tarde salíamos).

Los Padres de Moreno presentían lo insidioso de la celada que se nos tendía; pero sin dejarnos impresionar por sus temores, pasando por cima de todo, y con la mira no más que de arrancar de las manos de Rosas, si nos era posible, á los otros dos Padres que se llevaba, echamos las bestias camino de Pore, acompañados del P. Jesús Martínez y del coronel Tadeo Cuellar, que á sus órdenes llevaba según creemos unos treinta hombres de á caballo, resto del ejército de Rosas, que constaba, á lo que nos dijeron, de unos ciento cincuenta hombres á lo sumo, medianamente montados, peor armados y no mejor equipados. Nosotros no vimos tal *ejército*, ni á Rosas ni á Márquez, porque habían salido de Moreno unas tres horas antes de que llegáramos nosotros. Si conocimos á Sánchez, fué por no haber salido con ellos á causa de estar un poco indispuestos por entonces.

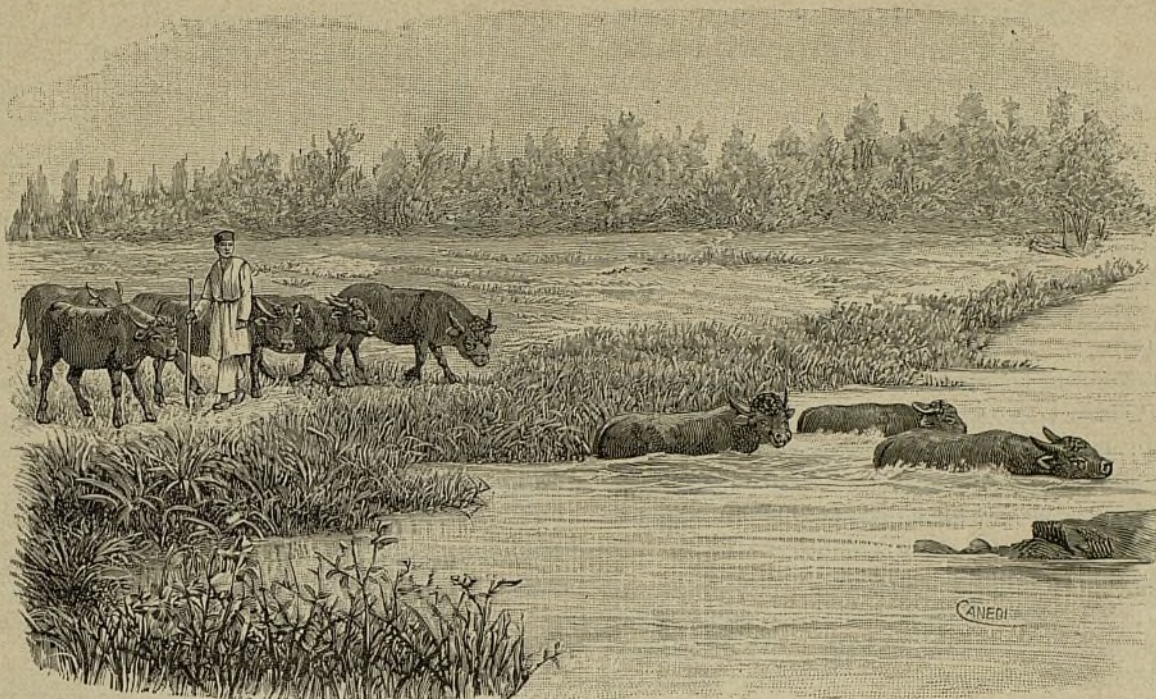
Cuál fuera el motivo de marcha tan precipitada de Rosas, no hay para qué investigarlo, ni para qué apuntar el que á nosotros se nos indicó: una noticia desagradable que recibió, y que no le queremos recordar. Fuera lo que quisiera, no dejamos de conocer que Dios dispuso que marchara antes de que llegásemos, y que le dieran falsamente la noticia de que no se sabía dónde estuviésemos, cuando el posta que la llevó debía saber perfectamente que la tarde anterior habíamos salido de Támara hacia Moreno. ¡Providencia del Señor! ¡Bendita sea!

Llegamos á Brito, vecindario de Moreno, como á la hora y media de haber salido. En ese lugar se separó de nosotros el coronel, y se dirigió á una de las casitas del vecindario á preguntar por dónde había marchado Rosas, pues allí se bifurca el camino, yendo una vía á Pore y otra á La Parroquia ó Trinidad.

Al poco rato vuelve diciéndonos:

—Acaban de decirme que Rosas ha ido hacia La Parroquia, y no hacia Pore como pensábamos; S. S. verá qué hace.

Sorprendiéndonos este modo de expresarse el Sr. Cuellar, que hasta entonces nos iba llevando presos disi-



TONKIN.—BÚFALOS CRUZANDO EL RÍO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod. (Pág. 134)

muladamente, no por el cambio de rumbo que hubiera hecho Rosas, sino por el cambio tan repentino que se había obrado en él.

—Pues lo que hago es volver atrás...; desde Moreno escribiré al General, le dijimos tras unos momentos de reflexión.

En esos instantes considerábamos que la jornada hasta La Parroquia era para nosotros muy larga después de lo andado, y teniendo aun que rezar el Oficio divino; que para cuando nosotros pudiésemos llegar al otro día á la Parroquia, Avelino iría adelante un buen trecho de camino, y nos pareció feo é indecoroso irle siguiendo los pasos hasta quién sabe dónde, pues según se nos indicó, Rosas se encaminaba hacia Santa Elena de Upía, donde se dijo estaban atrincherados unos derrotados en Villavicencio ó Quetame; pero sobre estas consideraciones, nos movió lo de lo peligroso que era internarnos en el llano, alejándonos de nuestra residencia y de los otros puntos de las Misiones, para no conseguir tal vez nada en favor de los que llevaba presos, y abandonar, entre tanto, á los demás, impidiéndonos auxiliarlos en caso necesario. Si Rosas tenía voluntad de soltar á los presos, lo podríamos lograr con la carta que le escribiésemos de Moreno; y si no, inútil era que fuésemos á vernos con él. Por estas razones contestamos que lo que haríamos era volvernos á Moreno.

Regresamos, pues, á Moreno, sorprendiendo gratamente á unos; desagradablemente á otros: aquellos eran los Padres y señores de la casa; los otros fueron los amigos de Rosas que habían quedado en el pueblo para seguirle al otro día.

(Se continuará).

EN LOS ALREDEDORES DE FU-TCHEU (CHINA)

POR EL R. P. COTHONAY, DE LOS HERMANOS PREDICADORES
MISIONERO DEL FO-KIEN

(Conclusión)

UN BAUTISMO DE ADULTOS

Acabo de regresar de Lien-kon-kain, donde el párroco, sacerdote chino, me invitó á que fuese para bautizar algunos de sus catecúmenos. Bajamos por el Min durante dos horas: iba en la barca el Sr. Dogere, director del arsenal, y el Sr. Sculford y su esposa, que debían ser padrinos.

Pasamos la noche en Quantas, población de un millar de familias. A las ocho emprendimos la marcha dirigiéndonos á Lien-kon, distante unos diez kilómetros. Atravesamos primero magníficos arrozales, luego tuvimos que subir una montaña y bajar por la vertiente opuesta. Estábamos otra vez en una risueña llanura muy bien cultivada, en medio de la cual se encuentra la subprefectura de Lien-kon. El tiempo era muy bonancible. La corona de montañas que rodean esta llanura estaba iluminada por un sol espléndido, y presentaba el más bello cuadro que pueda soñar un artista.

Fuímos ante todo á la iglesia, muy pobre por cierto y falta de las cosas más necesarias. Nos aguardaban cuatro catecúmenos: un hombre de unos cincuenta años, y tres jóvenes de dieciocho á veinte. Su aspecto piadoso y recogido me impresionó favorablemente. Sabían muy bien el Catecismo y las oraciones, que recitaron con fe y convicción.

Gran número de cristianos, catecúmenos y aun paganos vinieron á vernos y asistir á las ceremonias. Algunos pobres chinos (V. el grabado de la pág. 25)

renunciaban al culto de los ídolos y convertíanse en miembros de la iglesia de Lien kon, que salía nuevamente de la tumba después de ser ahogada en la sangre de sus hijos. Sus dos padrinos y su madrina eran cristianos de la antigua Iglesia de Francia, fecundada también en otro tiempo por la sangre de sus Mártires, y que ahora envía misioneros y padrinos para bautizar á los chinos. La madrina estaba sumamente conmovida. Hacía pocos meses que frecuentaba la brillante sociedad de París, y de pronto en una pobre iglesia del Celeste Imperio se convertía en madre espiritual de cuatro chinos.

El misionero de Lien-kon ha tenido ya un millar de neófitos. Allí hubo en otra época una cristiandad floreciente; pero las incesantes persecuciones de los tiempos pasados todo lo trastornaron. La iglesia subsiste todavía, mas trocada por desdicha en templo del demonio. Fuimos á verla, y con la tristeza que se deja suponer leí la siguiente inscripción:

«En el primer año del emperador Yong-tchen (123), siendo prefecto de Lien kon el llamado Su, este templo de la Religión del Señor del cielo (1) fué trocado en templo de los cinco Sabios, y concedido á los principales habitantes de la ciudad, nombrados Ting, Sin, etcétera, etc.; en la segunda luna fué nuevamente restaurado por sus descendientes.»

Teníamos que volver pronto á nuestra residencia, pues se nos aconsejó que no aguardásemos á la noche para atravesar la montaña, á causa de que los tigres recientemente habían arrebatado dos jóvenes por este camino, y en la mañana del mismo día se vió á uno que rondaba por aquellos sitios. Llegamos, pues, á Quantas antes de anochecer, y allí tomamos la barca para regresar á Mamoi.

UNA FIESTA EN MAMOI

Ayer gran parte de la sociedad europea de Fu-Tcheu y de los alrededores reunióse en el arsenal de Mamoi, donde iba á botarse al agua un crucero. El virrey, el mariscal tártaro, un centenar de mandarines y multitud de chinos, cubiertos unos con pingajos, y otros con ricos vestidos de seda de colores chillones ó preciosas pieles, algunos centenares de soldados y marinos con multitud de banderas, el cañón tronando en la fortaleza y en los buques de guerra anclados en el río, todo este conjunto ofrecía un espectáculo original y pintoresco.

Se anunció el acto para la una y media. En el programa figuraba el sacrificio de dos cerdos y dos carneros ofrecidos á la diosa Ma-tsu, protectora de los marinos. Dirigíme al arsenal con más de una hora de anticipación para ser testigo de esta curiosa ceremonia pagana; pero estaba ya concluida. Los mandarines la habían adelantado muchas horas, prefiriendo sin duda hacer sus postraciones y sacrificios en ausencia de los europeos.

Muy de mañana se habían dirigido en gran número al templo de Ma-tsu, que domina el arsenal, para pedir á la diosa del mar que tomase bajo su protección el nuevo crucero, y luego se reunieron en una pequeña tienda que en éste levantaron.

(1) Nombre de la Religión católica en China.

Formaba esta tienda una habitación espléndidamente decorada. En el fondo se veía pintado un gigantesco carácter, *Fu*, que quiere decir felicidad. Es este uno de esos juegos de palabras á los que la lengua se presta fácilmente y que tanto gusta á los chinos. La palabra *murciélago* suena lo mismo que *felicidad*. En vez de escribir el sonido, pintan con frecuencia el animal. Acostumbra haber cuatro, en representación de las cuatro dichas que ambicionan todos los chinos: tener mucho dinero, buena salud por dilatados años, muchos honores, é hijos masculinos que les sobrevivan y honren.

A la hora fijada quitáronse las últimas amarras del crucero al toque del clarín.

El buque, no descansaba ya sino sobre una larga viga, y dióse orden de aserrarla por detrás. Fué un momento solemne. Apenas se habían aserrado tres cuartas partes del madero cuando oyóse un chasquido, y el «Kien-Wei» (tal es el nombre del nuevo buque) se deslizó hacia el río en el que se balanceó gallardamente, entre los entusiastas aplausos de la multitud.

Es un crucero de 80 metros de largo y unas 375 toneladas.

SERMÓN

SOBRE LAS MISIONES, CON OCASIÓN DE LA DESPEDIDA DE LOS CINCO PRIMEROS MISIONEROS DE IQUITOS (PERÚ), M. RDOS. PP. AGUSTINOS FR. PAULINO DÍAZ, PREFECTO, FR. PEDRO PRAT, FR. BERNARDO CALLE, FR. PLÁCIDO MALLO Y H. LEGO FR. GONZALO FERNÁNDEZ. PREDICADO EL 6 DE ENERO DE 1901 EN LA IGLESIA DE LA RECOLETA DE LIMA.

(Conclusión)

Y burla y escarnio cruel y crimen sin nombre es la obra infame de esos falsos misioneros hijos de la apostasía y del error, hervideros de pasiones viles y funestas que, llevando por delante las pruebas vergonzosas de su incontinencia y sensualismo, predicán á los infieles la pureza y el candor, y siendo sus corazones abismos de codicia y ambición, no se ruborizan de anunciar á los ciegos salvajes á Cristo pobre, humilde y muerto en un madero. Convenceos, pues, señores, de que ni el mundo con su compasión de cocodrilo, ni los ministros del Protestantismo y otras sectas similares, con sus trabajos perfectamente diabólicos, podrán jamás abrir los ojos á la luz de la gracia y del bien ni á uno solo de los que en la infidelidad arrastran las pesadas cadenas del pecado.

A este monstruo infernal mató el Redentor divino con su muerte de cruz, y toda vez que sólo del misionero católico pueden decirse estas palabras del Salvador: «Como me envió mi Padre, así os envío Yo,» sólo él puede renovar á diario los triunfos inmortales de su invencible Capitán. Así observaréis que todas las armas del misionero legítimo, y toda su ciencia y grandes preparativos, se suman y compendian en una cruz. ¿Y á qué más? ¿No es por ventura la cruz el símbolo de su vida, el estandarte real de sus victorias, la corona de

sus triunfos, el sostén en los combates, el lecho del cansancio, alivio de sus penas, dulzura en las congojas, fuente de pureza y castidad, maestra de abnegación, manantial de sabiduría, pozo de santidad, horno de amor, abismo de ternura y compasión, áncora de esperanza, mensajera de la paz, antorcha de la fe, é inspiradora y principio feliz y remate glorioso y brillantísimo del martirio?

Hermanos míos del alma, á quienes amo con todo el afecto que mi corazón, pobre de suyo y rico en estos momentos, pues recibe del divino y suavísimo Corazón de Jesús, y de aquel otro tan hermoso de nuestro santo Padre y Patriarca; decidme, ¿os habéis penetrado bien de la grandeza y heroicidad de vuestra misión? ¡Ah! no lo dudo; puesto caso que habéis sido escogidos por Dios para continuar la obra inmortal de tantos hermanos nuestros, hijos aventajados de aquel gran amador de Dios nuestro Padre San Agustín. Cual otra madre de los invencibles Macabeos, paréceme ver en estos instantes á nuestro Fundador, guía y maestro, que desde el cielo os lleva y conduce por todos los países y naciones del mundo, para que al ver las huellas benditas que en él dejaron teñidas en sangre vuestros precursores en las luchas santas por la fe y en los triunfos del martirio, os animéis vosotros á correr como gigantes por tan brillante camino. Sois mis hijos, os dice, nacidos al calor de la ardiente caridad en que se inflama mi pecho; sois los nobles hermanos de los que en Africa é Inglaterra, en la Oceanía y en la China vertieron su sangre, en número casi incontable, por volver á Dios millares de esclavos rendidos al demonio. ¿Olvidaréis nunca los nombres, las glorias y hazañas asombrosas de nuestros santos hermanos los Mártires del Japón? Misioneros como vosotros, hijos de Agustín y faros inextinguibles de celo y abnegación, de ciencia y de virtudes fueron los Ramírez, Tristán, Riberos, Pineda, Corral, Escobar, Monroy, Villagómez, Biedma, Coruña, García, Cajica, Lozano y otros cien y cien soldados de la cruz, que en Méjico y en el antiguo y vasto territorio de este Perú, entonces tan grande y tan glorioso, predicaron la fe á los infieles, levantando sobre la propia base de sus trabajos apostólicos el grandioso pedestal en cuya cúspide brilla como el oro el nombre divino de Jesucristo, Rey y Señor del universo, y luce como florón y guirnalda el nombre de Agustín, Doctor eximio de la gracia, sostén y baluarte inexpugnable de la cristiana cultura, de la civilización verdadera. Sobre esa misma cúspide ved cómo resplandece enrojecido por el fuego el nombre de imperecedera memoria, digno de loor y eterna alabanza, el nombre del protomártir del Perú, humilde y fervoroso hijo de Agustín, el Venerable P. Diego Ortiz. Nobleza obliga, intrépidos campeones de la causa de Dios, y si vuestros padres y hermanos conquistaron con la efusión de su sangre lauros eternos, palmas gallardas, nuevos reinos para Dios y perlas preciosísimas para la Iglesia y las naciones cristianas, id, sí, id en el nombre de Dios inmortal, corred á Iquitos, surcad sus ríos, coronad sus montañas, penetrad en sus bosques, atravesad sus valles y planicies, y donde quiera que pisen vuestros piés derrámese á torrentes el agua de la vida, y, si fuere menester, salga de vuestras venas hasta la última gota de vuestra san-

gre y sea el manantial perenne de paz y ventura, y la semilla preciosa de los frutos benditos con que os regaléis en el cielo.

¡El cielo! ¡oh qué dilatadas y hermosas son sus mansiones! En mi deseo de internaros en ellas permitidme que, antes de acabar, os descubra dos setimientos muy vivos de mi corazón. Consiste el primero en deciros á nombre de Dios, de la Iglesia católica, del Gobierno peruano y toda su nación, de la Orden Agustiniana y sobre todo á nombre de los infieles de vuestra región oriental, y de los que son ya sus misioneros, padres y pastores, gracias y gracias mil por vuestros donativos, erogaciones y limosnas para el sostenimiento y prosperidad de la propagación de la fe. Y si gracias he de dar, ¿á quién con más razón y más señaladas que á vosotras, ilustre presidenta y socias infatigables de la obra más santa y gloriosa en que podéis ejercitar la grandeza de vuestro celo y sincera piedad? Loado sea igualmente el nombre divino por los entrañables afectos de compasión y ternura con que, para bien de los infieles, os ha enriquecido la Bondad infinita á Vos, excelentísimo señor Delegado apostólico; á vos, ilustrísimo sucesor del inmortal Santo Toribio, y al eminente Promotor de esta obra singular, blanco y objeto de las complacencias divinas.

Mas porque ella es tan grande y de tan vital importancia para el florecimiento del Perú, por eso es cabalmente premiosa é ineludible vuestra obligación, hijos y habitantes de la patria de Santa Rosa, de contribuir con vuestras limosnas al engrandecimiento y prosperidad de las Misiones. Cerrad vuestros oídos al silbido funesto de la torpe calumnia: esos Religiosos no tienen otra cosa que la cruz, ni llevan más caudales que su pobreza evangélica: verdad que su ambición y locura es la salvación de los infieles; pero son hombres como vosotros, y sus necesidades futuras tales y tan grandes que sólo de Dios son conocidas. Dadles, pues, y se os dará, repetiré con el Salvador; dadles los desperdicios de vuestras fortunas, lo superfluo de vuestro lujo y boato, y se os dará la flor de las virtudes, el aroma santo de la vida, la cristiana caridad. Tened misericordia de los pobrecitos infieles, y seréis coronados de gloria.

En ella os espero, abnegados misioneros, hermanos muy queridos en el Corazón de Jesucristo. ¡Adiós, esforzados luchadores; valientes adalides de la fe, adiós!!! Y al recibir en prenda de amor eterno el estrecho abrazo de mi alma, confúndanse en unos vuestros suspiros y los míos, y sean ellos los signos precursores de la ventura suprema que á vosotros y á todos deseo en el cielo. Amén.

EL MAR LIBRE DEL POLO

VIAJE DEL DR. HAYES

VUELTA Á MARCHAS FORZADAS.—DERIVACIÓN.—ENTRADA EN PUERTO FOULKE.—PROYECTOS PARA EL PORVENIR.—CAZA DE FOCAS.—VALOR DE ESTOS ÚLTIMOS ANIMALES.—DÁNSE Á LA VELA DE VUELTA.—TRISTEZA DE KALATUNAH.

Deseó hacer un breve regreso. La proximidad de al primavera, la rapidez del deshielo, la certidumbre de

que la mar lamía ya el estrecho de Smith, al Sud, por la mar de Baffin, como también al Norte por el canal Kennedy, todo advertía á Hayes que no tenía tiempo que perder, si no quería comprometer gravemente su retorno á puerto Foulke. Se puso en marcha, y desde los primeros momentos, se vió asaltado por una terrible tempestad. Los desdichados perros estaban totalmente extenuados y apenas podían echar una pata delante de la otra: tumbábanse, aunque la fusta no dejaba de hacer su oficio sin tregua ni descanso. Consiguieron, sin embargo, alcanzar la punta septentrional de la bahía, donde se encontraba el campamento de Mac-

pudieron saltar: pero un viento fuerte soplabá del estrecho y no lejos de la población; el agua que barría el camino les forzó á volver, á su estupefacción y horror, viendo la quebradura que habían franqueado poco antes, que se abrió como unos veinte metros. Estaban sobre un témpano, que derivaba hacia alta mar. Después de algunos instantes de indecisión, se apercibieron de que el borde exterior marchaba solo bastante ligero, mientras que la extremidad opuesta quedaba casi estacionaria. Un pequeño ice-berg encallado en el fondo, formaba un eje al rededor del cual el témpano comenzaba á dar vueltas: debía irremisiblemente tocar en



TONKIN.—SUBPREFECTO Y SU SÉQUITO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 134)

Donald y Jenseu, dejados en el camino como se sabe. Ya allí, Hayes y su compañero pudieron restaurarse convenientemente. Empezaron luego los cuatro su antigua vía, y entraron en los montes de hielo, quebrados. Muy dichosamente, el viento en algunos sitios había barrido la nieve de encima de las huellas que habían dejado cuando marchaban hacia el Norte, lo que les permitió encontrar fácilmente los pequeños depósitos de víveres, donde los habían escalonado.

La costa de Groenlandia pareció en fin en el horizonte. Se elevaba poco á poco, y los viajeros llegaron á vista de un promontorio, que reconocieron fácilmente, próximo á puerto Foulke. El hielo del estrecho de Smith aparecía sólido todavía, y se dirigieron sobre él hacia este promontorio. Cerca de dos kilómetros habrían andado cuando encontraron una endidura por cima de la cual

tierra. Llenos de esperanza fueron los viajeros á este lado. El caso tan ardientemente deseado no se hizo esperar, y en el momento mismo de la colisión se lanzaron súbitamente sobre el hielo de tierra. Extenuados como ellos estaban, y sufriendo cruelmente de los pies, el camino de tierra les pareció muy largo y muy fatigoso: marcharon todavía mejor que los perros, que estaban completamente extenuados, y llegaron el 3 de Junio á puerto Foulke.

Esta primera exploración, que no había tenido más que un provecho relativo, sugirió á Hayes el pensamiento de otra empresa más completa. Los hielos ablandados del canal de Kennedy, en un período tan poco avanzado como el mes de Mayo, y la existencia en la parte de allá de una mar libre, no le dejaban duda alguna sobre la posibilidad de navegarla. Mas todo de-

pendía del estado de la goleta, y este fué declarado deplorable. Comenzó entonces á reflexionar si le sería más conveniente retornar á América y reforzar la nave, añadiendo el vapor á sus recursos y volver inmediatamente. Tuvo consejo á este propósito con Jensen y Kalutunah, el viejo jefe esquimal, y quedó resuelto que en trayendo dos bajeles, uno de los cuales quedara en puerto Foulke y el otro navegase hacia el Norte, el porvenir y buen resultado de la expedición quedaba asegurado. Era su intención establecer una colonia en estación permanente de caza cerca del sitio de invierno, reunir los esquimales, organizar una vigorosa

Hayes había traído con él á Kalutunah, excelente cazador: provisto éste de una vara de más de dos metros, á cuyo cabo había fijado un manojo de correas delgadas de foca anudadas muy ingeniosamente, se cubrió detrás de una roca y comenzó la caza. Lanzó su látigo en medio de una espesa bandada, y una media docena de pájaros aturdidos por el golpe quedaron enganchados en las mallas: deslizó la vara y comprimiendo con una mano á los animales, con la otra los sacaba de uno á uno. Partió la cabeza entre sus dientes y cruzó las alas á sus espaldas para impedirles revolotear. Continuó echando su látigo y retirándole con la misma des-



TONKIN.—GRUPO DE TIRADORES TONKINES.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 136)

escuadra de cazadores, y obtener de su industria todo lo que era indispensable para sostener indefinidamente un sistema de exploración perseverante hasta el polo.

Durante los meses que se siguieron hasta su vuelta al bajel, hizo Hayes una nueva excursión sobre un pequeño golfo situado al Norte de la ensenada donde se encontraban sus cuarteles de invierno. Allí, en medio de un ancho y pintoresco valle, enclavado en las altas rocas, se extendía un lago de dos kilómetros de largo, que fué bautizado con el nombre de lago Alida. En esta época del año el blanco tapiz de nieve estaba casi enteramente deshecho, y aunque algunas flores no hubiese todavía parecido, la verdura cubría ya los bordes del agua. Por millares hendían los pájaros el aire, en bandadas tan espesas que semejaban una nube negra cubriendo el sol. Estos eran de una especie de enanos palmípedos, del tamaño de una codorniz.

treza, hasta que hubo puesto una centena de víctimas en su saco. Esta caza, así cogida á despecho de todas las reglas del arte, proporcionó una excelente comida á toda la tripulación.

Algunos días después tuvo lugar una caza de focas para variar las distracciones. Un ballenero llevando tres carabinas, un arpón y dos rollos de cuerdas se lanzó á la mar y se dirigió sin ruido hacia un banco, sobre el cual dos ó tres docenas de estos animales se holgaban al sol. A la primera descarga de las armas, el grupo, asustado se sumergió en el agua: algunos minutos después reapareció en la superficie, rodeando al animal que había sido herido. Entonces comenzó una escena imposible de describir. Todos lanzaron juntos el mismo grito salvaje, y á este lamentable llamamiento centenares de animales se lanzaron á la barca con toda la velocidad de sus nadaderas. En pocos minutos se

vieron los cazadores completamente cercados. El número de las focas se multiplicó con una rapidez sorprendente: toda la superficie de la mar se tornó negra. Parecieron al principio tímidas é irresolutas, y los cazadores no pensaban de ningún modo que meditaban un ataque; pero su ilusión fué bien pronto disipada, y tuvieron que atender cuidadosamente á su conservación.

«Evidentemente, cuenta Hayes, estos animales querían agujerear con sus defensas el fondo de la embarcación. Si nosotros las dejáramos tiempo, la canoa hubiera sido hecha á pedazos y los hombres arrojados al mar; no teníamos un segundo que perder. Miller arrojó su lanza é hizo en los asaltantes más de una terrible herida, los marineros hacían fuerza de remos y nosotros cargábamos y descargábamos las carabinas con toda la celeridad posible. Un golpe de garfio, una bala donde el arponero acababa de herir en el instante del peligro, no bastó, sin embargo, para que cada cual de nosotros, una ó dos veces, creyese su última hora llegada. Una enorme foca con fisonomía abultada y feroz, se lanzó contra nosotros é iba á abordar la barca: yo acababa de tirar, no me quedaba más que el tiempo preciso para cargar mi fusil, y me preparaba á sumergir el plomo en su garganta, cuando Kuorr la detuvo súbitamente con una bala en el cráneo. Otra bestia monstruosa, la más grande que yo había visto en mi vida, cuyas defensas tenían un metro de largo á lo menos, atravesaba el grupo y nadaba hacia nosotros con la boca abierta, y mugiendo con furia. Recargué aún mi arma. Kuorr y Jenseu acababan de tirar, y los hombres estaban á los remos. Mi carabina estuvo lista en el momento crítico: levantando su cabeza el enorme animal, por encima de la canoa, fué á sumergirse sobre el fondo de ella, cuando apunté mi fusil y le descargué en la boca del monstruo, y muerto al instante, se fué á pique inmediatamente como una piedra.

«Esto fué el fin de la batalla. Cogidas las focas de una súbita alarma, se sumergieron de repente, haciendo con gran ruido saltar las aguas á su alrededor. Cuando volvieron á subir mugían todavía; pero estaba ya á alguna distancia, y se alejaban con toda la ligereza posible.»

El 11 de Julio fué una jornada de vivas emociones. El agua de la mar lamió el barco. Después de mediodía, el hielo se despegó de sus flancos, y se encontró completamente á flote; pero no sin haber sufrido bastantes desperfectos. Dos días después de este dichoso acontecimiento se despidió Hayes de los esquimales. Kalutunah se mostró fuertemente afectado ante la perspectiva de la partida del que llamaba el gran jefe. Cuando le tomó las manos para decirle que ésta era la última vez que él descendía á tierra, brillaron las lágrimas en sus ojos. «Volved para salvarnos,» contestó con una voz suplicante.

Este ser singular, mezcla de gravedad, bondad é inteligencia, se mostraba verdaderamente afligido de ver á su raza desaparecer poco á poco. «Seremos bien pronto todos idos,» decía frecuentemente, y cuando entendió que Hayes pensaba volver á puerto Foulke, y que hombres blancos se establecerían cerca de Etah, durante algunos años, añadió vivamente: «Volved, pues

pronto no habrá nadie aquí para daros la bienvenida.»

En fin, el 14 de Julio un ligero viento del Este puso la goleta á la mar.

FIN

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

(Continuación)

XX.—UN ATAQUE DE LOS PIRATAS.—EL MISIONERO SE LIBRA COMO POR MILAGRO DE LA MUERTE.—MATANZA EN LA IGLESIA DE HIEN QUAN.

El 23 de Mayo de 1891, víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad y último día del tiempo pascual, empleé casi todo el día en oír confesiones. A las cinco recibí una carta de Francia, en la que mi hermana me decía:

«¡Cuántas veces, querido hermano, te seguimos con el pensamiento en medio de tus tribulaciones! ¡Cuánto anhelamos saber que ese infeliz Tonkín está tranquilo, á fin de que puedas en paz atraer almas á nuestra santa Religión!... Pero Dios es soberano Dueño, y debemos someternos por más que nos cueste. ¡El hará resplandecer su gloria en las pruebas por que pasan esas nuevas cristiandades!»

Estas breves líneas, con dos ó tres páginas de Enrique Lasserre sobre los milagros de Nuestra Señora de Lourdes, constituyeron mi lectura espiritual de aquel día.

Luego despaché mi parca comida, y salí con la escopeta á cazar alguna paloma para el día siguiente; pero las aves volaron antes de que estuviesen á mi alcance.

La jornada había sido muy dura, pues en Tonkín los primeros calores del mes de Mayo son intolerables. Sin embargo, fué preciso volver de nuevo al confesonario. Muchos de nuestros cristianos, ocupados todo el día en las faenas agrícolas, apenas pueden venir á confesarse hasta el anochecer, y cuando se da la Misión, el sacerdote permanece ordinariamente en el santo tribunal hasta terminar las oraciones públicas que se rezan en la iglesia, esto es, hasta las diez de la noche en verano.

Vestíme, pues, la sotana anamita, y con el Crucifijo en la mano y el rosario al cuello sentéme en el confesonario, una reja instalada en una de las ventanas de mi aposento. Los penitentes permanecen en una galería contigua. Con frecuencia llevo al confesonario mi revólver, no para inspirar un temor poco sobrenatural á mis penitentes, sino á fin de prevenirme contra los piratas, conocedores de nuestra distribución del tiempo. Aquella noche dejé el arma en un rincón del cuarto, y confesé á mi gente sin sospechar lo que iba á suceder.

A las diez y media, satisfecho por haber concluido, salí á la puerta para tomar el aire, mientras me asociaba de corazón á los cristianos que terminaban en la iglesia los ejercicios del Mes de María. El cielo ostentaba admirable limpidez, y la claridad de la luna era

magnífica. Levanté la vista á la estrellada bóveda, haciendo la señal de la cruz para rezar el Rosario... ¡Pam!... Un tiro de pistola, disparado muy cerca, me hizo estremecer. Al rededor de la iglesia algunas detonaciones respondieron á esta señal. Comprendí que esta vez estaba perdido; pero en vez de huir, corrí á mi aposento y cogí mi Winchester, que desgraciadamente no estaba cargado (pues lo había limpiado aquel día), y me volví bruscamente.

Un pirata estaba á la puerta, apuntándome con una pistola; bajó el gatillo, pero habiendo fallado el tiro, á mi vez le amenacé con mi arma, pero desapareció en seguida.

En la galería oíanse pasos precipitados y golpes contra el postigo de la ventana, detrás de la cual estaba yo buscando la cartuchera en medio de los libros esparcidos. Un pirata introdujo el cañón de su fusil é hizo fuego; éste me quemó algo la cara, y la bala después de rozarme penetró con ruido seco en la pared. Otros dos ó tres tiros de fusil hicieron brillar sus siniestros resplandores.

Instantáneamente di un salto lanzando un grito:

— ¡Ladrón, has errado el golpe! ¡aguarda, que te daré tu merecido!

Llamé á las armas y mandé cargar los fusiles, juzgando que mis catequistas tuvieron tiempo y presencia de espíritu para tomar las que dejé á su disposición en el cuarto vecino.

Acudió mi doméstico, y un pirata se lanzó sobre él disparándole un tiro, que lo derribó al suelo. De pie con mi carabina descargada, á la luz de la lámpara anamita que alumbraba tristemente la habitación, amenacé al asesino gritando:

— ¡Miserable, vas á morir!

Dando una rápida vuelta sobre sí mismo, el pirata desapareció vociferando:

— ¡Quiere batirse, quiere defenderse!

El tiroteo había estallado en la iglesia. Oíanse aullidos de rabia y gritos de angustia. Todo esto fué cosa de dos minutos... Por fin di con la cartuchera, que sujeté sólidamente á mi cintura, y con la carabina cargada en la mano y el rosario al cuello salí al patio, prefiriendo caer muerto por las balas á que me cogiesen vivo.

En esto, oyendo que un pirata mandaba pegar fuego al edificio, traté de pasar por la barrera de bambús: hundíame en los espinos, que me desgarraban piés y manos: mis amplios hábitos anamitas enredáronse en las ramas de bambús secos, que me retenían prisionero... A toda costa era preciso pasar ó morir. Por fin fuí rodando al foso exterior, donde encontré á uno de mis catequistas y á un notable del pueblo. Encorvados corrimos con todas nuestras fuerzas, siguiendo el cauce de un arroyo seco, y caímos rendidos de cansancio en los arrozales del centro de la llanura.

Gracias á Dios podía creerme salvo; pero sufría grandemente por mis tres catequistas, mi doméstico y los cristianos.

Tendido en el suelo, atento al menor ruido estrechaba

fuertemente el rosario y la carabina, ofreciendo mi vida á Dios, pero decidido á venderla cara á los primeros piratas que se presentasen.

Transcurrieron quince minutos. Triste como una marcha fúnebre, oyóse un redoble de platillos en el silencio de la noche, al que respondió á lo lejos un tiro de fusil. Llamé al cristiano oculto en el arrozal, pero había ya partido para informarse de lo que ocurría, y volvió á poco, jadeante, más muerto que vivo.

— ¡Padre... Padre! exclamó; venid; hay muertos y heridos!

Acudí á toda prisa. En la puerta del pueblo al verme la gente dió gritos de exclamación y sorpresa, pues juzgaban que había caído muerto ó vivo en poder de los piratas. En la iglesia un espectáculo lamentable se presentó á mis ojos: aquí y allí hombres, mujeres y niños llorando rodeaban á los muertos y heridos. En el patio, delante de la casa, yacían dos de mis catequistas, ambos gravemente heridos. Todavía pudieron pronunciar algunas palabras, confesarse y recibir la absolución suprema: ¡tranquilos y resignados besaron el Crucifijo, y entregaron su alma á Dios!

Entré en mi habitación, y en medio de los restos humeantes (pues los piratas antes de partir trataron de incendiarlo todo), vi el cuerpo de mi doméstico bañado en un mar de sangre. No respiraba ya. Mucho sentí que aquel jovencito no hubiera podido recibir una postrera absolución; mas hice sobre él la señal de la cruz con la firme esperanza de que Dios tendría de él misericordia, pues murió víctima de su adhesión cristiana al misionero.

Apresuréme á visitar los otros muertos y heridos. Dos mujeres de veinticinco á treinta años, y dos jovencitos de diecisiete á diecinueve estaban sin vida, y otras cinco ó seis personas gravemente heridas. En el patio un buen hombre, fuera de sí de dolor, tenía en brazos el cadáver de su hija, niña de seis años, que acababa de levantar del suelo.

¡Oh Dios mío, vuestra Religión santa es todo amor y perdón; pero Vos también os reserváis la justicia y la venganza! Que los piratas quisieran matarme, cortarme en pedazos, á mí, el extranjero, el misionero, lo comprendo. ¡Pero asesinar mujeres, jóvenes y niños ante la imagen de la Virgen María durante los ejercicios del hermoso mes que le está consagrado!... ¡Ciertamente hay para tales crímenes una justicia eterna!

Luego que hube visitado á los heridos volví á mi casa para darme cuenta del saqueo. Todo estaba hecho pedazos ó medio calcinado por el fuego. Los piratas se apoderaron de todos los objetos de algún valor fáciles de transportarse.

Nada tenía que hacer ya en Hien-Quan, donde temía un nuevo ataque de los piratas, furiosos por haber errado el golpe. Así crucé el río para refugiarme en Ngoc Thap (*V. el grabado de la pág. 137*), donde daba la Misión el P. Khiet, vicario de Bau No. Era la una de la madrugada.

Vinieron á buscarme para administrar á un hombre que habían encontrado gravemente herido. El sacerdote

te indígena quiso ir en mi lugar para llevar los últimos Sacramentos al agonizante, que murió después de haberlos recibido.

¡Nueve muertos y casi otros tantos heridos! *Auxilium christianorum, ora pro nobis!*

XXI.— CONCLUSIÓN DEL DRAMA DE HIEN QUAN.— ¡JUSTICIA MIXTA!— DESTRUCCIÓN DE BAU NO: CAPTURA Y ASESINATO DEL P. KHOAN.— DOC DUC.— INCENDIO DE TRUNG HA.

El domingo pude celebrar la santa Misa en Ngoc Thap, semiafligido y semigozoso, no sabiendo en qué *memento* debería detenerme más. Ora lamentaba no haber sido sacrificado, ora daba gracias al Señor por conservarme aún la vida.

El subteniente, los oficiales inferiores y algunos soldados del destacamento vinieron á oír la Misa: todos me demostraron vivas simpatías: desde lo alto de la roca en que se levanta el cuartel oyeron el tiroteo y los gritos, y pudieron darse perfecta cuenta del drama que ocurría á 1,200 metros en la derecha del río.

Escribí al residente de Hung Hoa para poner en su conocimiento el triste suceso del que poco faltó fuera yo víctima; ¡mas Mr. Wulffing ni siquiera se dignó contestarme!

Volví á Hien Quan el 24 por la mañana, en compañía de Mr. Bazé, guardia principal, para asistir al levantamiento de los cadáveres. Por la noche, no habiendo tomado medida alguna las Autoridades civiles de Hung Hoa á pesar de habérselas prevenido á tiempo, el subteniente Lahire puso á mi disposición un piquete de soldados de infantería de marina y de tiradores tonkines (*V. el grabado de la pág. 133*), al mando de dos oficiales franceses, para que pudiese proceder al entierro sin peligro. ¡Al rezar los responsos nueve ataúdes veíanse depositados en la iglesia, cuyo suelo estaba todavía tinto en sangre de las víctimas! Nuestros valientes soldados, testigos de tan conmovedora escena, no pudieron contener las lágrimas.

Mis dos catequistas y mi doméstico fueron enterrados en el recinto de la iglesia, al lado del cristiano de Chieu-Ung, muerto accidentalmente el año anterior al guiar un reconocimiento. *Pie Jesu Domine, dona eis requiem!*

Mr. Lahire tuvo la bondad de darme algunos medicamentos y vendas para curar á los heridos. El sargento Santelli hizo el oficio de cirujano con verdadera abnegación. Al anochecer volví con el destacamento á la estación militar de Ngoc Thap, donde el subteniente me ofreció alojamiento y cena.

El lunes 25 avisáronme que el Residente de Hung Hoa se hallaba en Hien Quan y quería verme. Sin embargo no era así: sólo encontré un guardia principal con el *quan huyen* de Tam Nong y milicianos instalados en la iglesia. ¡El *quan huyen*, á quien yo juzgaba autor del crimen, encargado de hacer la información! Estaba allí, recostado en las gradas del altar, bebiendo alegremente el té con uno de sus escribas, mientras

que el guardia principal, inconsciente más bien que mal intencionado, instalaba su desayuno en la credencia del lado del Evangelio. ¡Vi atado un caballo en la iglesia, en el mismo sitio donde se notaban aún las huellas de la sangre de los infelices cristianos asesinados la antevíspera!

El guardia principal me manifestó que tenía orden de escoltarme hasta Hung Hoa, á donde el Residente me llamaba.

¡Gracioso espectáculo! ¡Un pobre misionero, los vestidos hechos girones, con lágrimas en los ojos, escoltado por milicianos burlones, atravesar los pueblos paganos como un prisionero, para ir á presentarme á monsieur Wulffing y enviarme de Herodes á Pilatos!

¡Y pensar que á no errar el golpe los piratas, mientras que mi cabeza cuidadosamente salada hubiera sido paseada en una jaula por las aldeas rebeldes, el señor Residente pronunciara quizá mi elogio fúnebre... no sin lamentar mi excesivo celo por Dios y por la Francia!... ¡Y los mandarines, vestidos de gran ceremonia, hubieran asistido á mis funerales, echando agua bendita sobre mi tumba!...

Sea como fuere, constándome muy bien qué justicia podía esperar en Hung Hoa, dejé que el guardia principal y el *quan huyen* volviesen allá con sus milicianos, y regresé á Ngoc Thap.

El martes, 26 de Mayo, bajé en barca hasta Viettri, á donde llegué por la tarde, extenuado de fatiga y profundamente conmovido. La acogida tan benévola que recibí á bordo del *Moulun* y en la estación militar, en casa del comandante Boudard y del Dr. Gouzien, me produjeron tal emoción que repetidas veces no pude contener los sollozos.

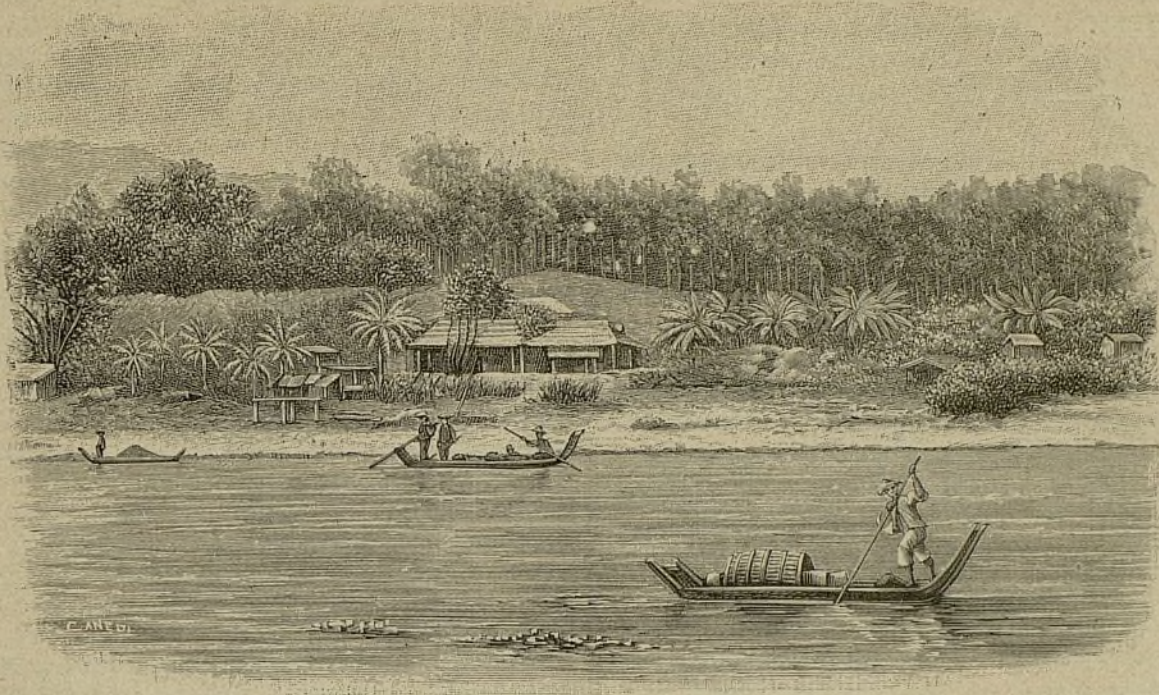
Finalmente, en la tarde del miércoles llegué á Hanoi en el *Lao-Kay*, chalupa de las mensajerías fluviales.

Se me ensanchó el corazón al hallarme en compañía del Ilmo. Puginier y de mis compañeros: el dolor me oprimía y pude desahogarme llorando al referir los pormenores de mi lamentable historia. Durante cinco ó seis días me fué absolutamente imposible dormir un solo minuto. El venerable Obispo con su paternal desvelo calmó mi excitación, y por fin resolví dejarlo todo á la santa voluntad de Dios.

A consecuencia de una información administrativa sobre el asunto de Hien Quan, tuvo que comparecer ante el tribunal mixto el *quan huyen*, que fué condenado á diez años de destierro... por pura fórmula, pues á poco, con motivo del cambio de gobernador general los mandarines anamitas, como muestra de compañerismo, pidieron el indulto so pretexto de que su hijo mayor acababa de ser graduado en los exámenes. Lo escandaloso es que lo obtuvieron.

El *doi To*, que emprendió tranquilamente la fuga, fué preso al cabo de dos meses de largas pero fáciles investigaciones.

Formósele proceso, del que salió condenado á prisión perpetua... en el papel.



TONKIN.—POBLADO Á ORILLAS DEL RÍO NEGRO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod. (Pág. 134)

Con todo, los cristianos Truong Ngai y Vinh, reconocidos inocentes, fueron puestos en libertad. ¡Cara la habíamos pagado!

Después de la violenta sacudida física y moral que acababa de sufrir, tenía necesidad de reposo. La época de las vacaciones me condujo á Ke So, para la fiesta del Ilmo. Pablo Puginier. No cesaron, empero, de perseguirme allí las malas nuevas.

Desde luego el asesinato de un catequista y de un alumno, que regresando Hoang Xa cayeron en las crueles manos de Doc Duc. Poco más tarde un suceso, mucho más trágico todavía, llenó de luto la Misión.

Hacía mucho tiempo que Doc Duc no perdía de vista á Bau No, contra el cual había intentado ya un golpe de mano, que no salió á medida de sus deseos.

El 19 de Junio mi catequista Van Cam, á quien dejé en Ha Thach después de lo ocurrido en Hien Quan, trasladó á Bau No mis dos caballos y el resto de mi equipaje. El vicario de la parroquia y el párroco de Duc Phong encontráronse también el mismo día en casa del P. Khoan. A las cinco de la tarde los tres sacerdotes indígenas tomaban juntos su modesta comida, cuando de súbito, sin que se hubiese advertido nada anormal, un individuo entró en la casa gritando:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Los piratas!

—¡No es posible á semejante hora! exclamó el Padre Khoan.

Y armado con su grueso bastón rematado en un cuerno de Hoang (especie de gamo), salió para ver lo que ocurría. Apenas puso el pie en el patio de la iglesia, fué cogido por los piratas, que todo lo invadieron. El P. Khanh y el vicario tuvieron tiempo de huir al huerto y arrojarle á un estanque, cuyos bordes están plantados de patatas de largos tallos y anchas hojas. Sumergidos en el lodo hasta la barba, y disimulada la cabeza en el espesor del follaje, vieron á los piratas

pasar por la orilla, cuyas hierbas removían con la lanza: chispas del incendio que devoraba la casa parroquial, la iglesia (véase el grabado de la página 125) y el pueblo, caían sobre sus cabezas; pero no fueron descubiertos. Al P. Khoan lo condujeron al río Negro; después de decapitarle lo arrojaron al río.

El incendio de Bau No destruyó cuanto me quedaba, á excepción del caballo Coco, que el jefe pirata quiso reservarse.

Esta bestia fué cobrando tales bríos, que según se dice mordió á su raptor, quien tuvo que abandonarla después de haber perdido una oreja.

Bau No dista dos leguas de Hung Hoa y de Viettri, donde había importantes guarniciones europeas. ¡En pleno día y á sus ojos, Doc Duc se atrevía á cometer tales desmanes!

Este audaz rebelde era uno de los tenientes del famoso Doc Ngu: por espacio de muchos años fué el terror de toda la región comprendida entre Bao Yen y la confluencia del río Negro.

Una de sus principales hazañas, después del saqueo de Bau No y el asesinato del P. Khoan, fué el incendio general de la populosa villa de Trung Ha (Julio de 1891). Hallábame yo entonces en casa del P. Robert, en Son Tay, á donde S. I. me permitió ir para recabar algunas reparaciones. Corría entre el pueblo el rumor de que Doc Duc había amenazado vengarse de la villa de Trung Ha, culpable á sus ojos de haber entregado á la Residencia un pirata herido. En castigo de esta falta de lealtad los notables de Trung Ha debían, en plazo determinado, satisfacer una fuerte contribución en piastras, arroz y piezas de crespón de China. Los vecinos asustados previnieron á la Residencia de Son Tay; pero ya no estaba allí Mr. d'Albaret, y la provincia iba de mal en peor.

Cierta noche á las nueve, desde la puerta de la Mi-

sión vimos por la parte del río Negro como una magnífica aurora boreal. Era el incendio de Trung Ha.

Pronto nos llegó de Cochinchina un nuevo Residente: no era sectario, pero sí amigo de tenderse á la bartola.

—Todas estas historias de piratas son consejas, decía convencido. No se hable más de ellos; ya no los hay.

Contrariaba esto no poco á los infelices que habían denunciado á ciertos individuos que tomaron parte en el incendio de Bau No y en el rapto del párroco. Una nota oficial, publicada en un periódico de Hanoi, dió cuenta de este suceso como de cosa insignificante. «Fueron incendiadas, decía, algunas chozas, muertos dos caballos y desapareció un indígena.»

En la obligación de sostener las justas reivindicaciones de mis cristianos, trabajé con ahínco á fin de obtener en favor de Bau No la aplicación del principio admitido por la Autoridad superior respecto á Trung Ha, que dispuso fuese indemnizado por los pueblos piratas de los alrededores. Mis diligencias al fin no tuvieron otro resultado sino que fuesen condenados á algunos años de cárcel cinco ó seis piratas de baja estofa. Personalmente captéme, sin embargo, la compasión de Mr. L..., sujeto de buen natural, que vino á manifestar al Ilmo. Puginier los temores que le inspiraba mi triste situación en su provincia:

—¡Los piratas le persiguen, ilustrísimo señor, y acabarán por darle muerte! ¡Si os dignaseis trasladarlo!

Su ilustrísima me dejó en mi puesto, Xu Doai; pero por prudencia, permanecí algunos meses alejado de Son Tay y de Hung Hoa. Con auxilio de algunos amigos, pude hacerme con una escopeta para la caza, algunos vestidos y ornamentos para celebrar el Santo Sacrificio, y fui á acampar en Song Chay, en territorio militar.

¿Queréis venir conmigo? Allí estaremos en buena compañía.

(Se continuará).

POR EL MUNDO

Rusia.—*El ferrocarril central asiático.*—Rusia sin descuidar sus intereses en la Mandchuria, donde se ha instalado á todo estar, ha empezado los trabajos de una nueva vía férrea que, partiendo cerca del ferrocarril transcaspio y del transiberiano, acaba de darle el predominio en Asia. Sabido es que un año atrás, para trasladarse por mar desde Marsella al Turkestan ruso, y por consiguiente al Asia Central, podía escogerse una de tres vías que exigían trasbordos á cual más desagradable: 1.º irse de Marsella á Batoum en diez días de travesía, en ferrocarril de Batoum á Bakou por Tiflis, en un día; finalmente, de Bakou á Krasnowdsk por el mar Caspio, otro día, total en mínimo, doce días; 2.º ir de Marsella á Odesa en ferrocarril, cerca de ocho días; de Odesa á Batoum por el mar Negro, cuatro días, y de Batoum á Krasnowdsk, como se ha dicho, total: nueve ó diez días; 3.º llegar en ferrocarril por las vías más directas á Moscou, de allí irse, en ferrocarril también, á Vladikorhaz, en seis días; de Vladikorhaz á Tiflis en carruaje á través del Cáucaso, tres

días, y de Tiflis á Krasnowdsk, día y medio, total: diez ó once días.

Un principio de mejora se llevó á cabo en Octubre de 1899 con la apertura de una vía férrea muy importante que contornea la extremidad oriental de la cadena del Cáucaso, y va de Petrovsk, en el Norte del Cáucaso, á Bakou, en el Sud. Así, actualmente puede hacerse en ferrocarril todo el viaje de Marsella á Tiflis.

Desde el punto de vista estratégico, esta nueva línea tiene grande importancia, toda vez que permite reemplazar rápidamente (doblando la vía marítima) las tropas del ejército del Cáucaso que se enviarían á la frontera de la India en caso de guerra con Inglaterra. Ocho días después que la guerra se hubiese declarado, Inglaterra tendría en su frontera de la India, ó más bien en la del Estado tapón del Afganistán, los 60,000 hombres del ejército del Cáucaso, así como las fuerzas europeas que tiene diseminadas por toda la India. Desde hace un año, pues, podemos trasladarnos al Turkestan ruso del modo siguiente: en ferrocarril, Marsella-Petrovsk-Bakou, siete días; Bakou-Krasnowdsk, por mar, un día; total: ocho días para llegar al Asia.

Pero esto no es bastante para Rusia: quiere ahora enlazar sus posesiones del Asia Central con el resto del imperio por la vía terrestre, sin que deba navegarse poco ni mucho por el mar Caspio, sin trasbordo alguno. Al efecto, desde hace un par de meses emprendió trabajos considerables, conducentes á enlazar la estación de Orenbourg, situada en la frontera de Siberia y de la Rusia europea, á tres días de Moscou, en Tachkent, capital del Turkestan ruso. Actualmente, de Moscou á Tachkent, por los ferrocarriles rusos, el mar Caspio y el ferrocarril transcaspio, la distancia es de 4,520 kilómetros; por la nueva línea de Moscou-Orenbourg-Tachkent esta distancia quedará reducida á 3,402 kilómetros.

Cuando la nueva línea cuya construcción acaba de empezarse esté concluida, podrá irse de Marsella al Turkestan ruso en menos de ocho días, sin hacer ningún trasbordo de ferrocarril á buque ó viceversa. Finalmente, el día en que entre Inglaterra y Rusia cesen las rivalidades, ó bien que ambas potencias se entiendan para el enlace de las redes rusa é inglesa de la India, será fácil ir á ésta desde Francia, por tierra, en menos de once días.

Los trabajos emprendidos implican la construcción de 3,000 kilómetros de vías férreas, y deben hallarse concluidos en 1904, á más tardar. Estamos ya acostumbrados á semejante rapidez en los trabajos de ferrocarriles emprendidos por los rusos en Asia: la línea de Samarkan á Tachkent, con ramal de Tchernacevo á Andidjan se hizo en dos años. Los 3,000 kilómetros se descomponen del modo siguiente: 1,800 por la línea principal de Orenbourg-Tachkent, y 1,200 por los ramales. A partir de Orenbourg el central asiático se dirige del Oeste al Este, cortando las últimas estribaciones de la cadena del Oural, á través de una región de colinas cubiertas de bosques en que las aldeas abundan bastante, conduciendo así á la pequeña ciudad de Orsk, frontera de la provincia de Orenbourg (Rusia europea), aun cuando está situada en la vertiente asiática del Oural. De Orsk un ramal de 250 kilómetros subirá hacia el Norte á través de una región fértil y poblada, de modo que llegue á la estación de Tcheliabinsk en el ferrocarril transiberiano, enlazando á éste con toda la red rusa del Asia Central.

De Orenbourg á Orsk se cuentan 285 kilómetros, y es la parte más fácil de la línea, y ésta, así como el ramal de Orsk Tcheliabinsk, han sido ya inaugurados. Hasta Irghiz la línea atraviesa una zona de estepas que habitan solamente los kirghisios, alojados en tiendas de fieltro

apacentando rebaños numerosos. En aquellas llanuras inmensas, á veces el termómetro en invierno desciende á 40 grados bajo 0: se ve, pues, que los oficios de maquinista y fogonero no serán una prebenda en aquella línea. Los trabajos artísticos, por ejemplo, serán allí absolutamente nulos.

En Tesekil empieza el desierto: el temible Kizil-Koum que bordea al Este el mar de Aral, en donde toda vida animal y vegetal se hace casi imposible, es una acumulación de dunas de arena que el viento sin cesar modifica, donde soplan las terribles tempestades de nieve y de arena llamadas «bouranes.» Nada de agua hay allí; será necesario que el tren que acompañe á los trabajadores lleve siempre cierto número de vagones-cisternas como en el ferrocarril transcaspio; las estaciones, que serán una cada dos horas en toda la línea, deberán proveerse de víveres de igual modo. Y después de haber atravesado un primer sector del desierto (el que se designa con el nombre de Ak-Koum, ó sea arena blanca), la línea llega á la pequeña ciudad de Kazalinsk, que cuenta 3,500 habitantes, de los cuales 1,000 son cosacos del Ourai, en las riberas del Sur-Daria, el antiguo Jaxartes, cerca de su confluencia con el mar de Aral.

La vía férrea no atravesará el Syr-Daria, sino que seguirá su ribera derecha, pasando por los apostaderos militares de Perosky y de Djoulek: será necesario todavía fijar dunas de arena ó desviar pantanos; pero al fin se tendrá agua de río á discreción. En llegando á Turkestán, pequeña ciudad sarta, célebre por sus monumentos, se está ya en el Turkestán. Más lejos, en Tchimkent, se desarrollará un ramal de 900 kilómetros que, por Aoukeata y Pichpek, hará el servicio de la linda ciudad de Vierning, que describí á los lectores de *Le Petit Marseillais* con motivo de mi viaje en 1897, mientras que la línea principal alcanzará á Tachkent.

El sector Tachkent-Tekimkent-Turkestán se inaugurará en el corriente año; el sector Orsk-Irghiz-Kazanlisk en 1903, y el sector Kazalinsk Turkestán en 1904.

La conclusión del ferrocarril central asiático señalará una nueva fecha decisiva en la historia del Asia, y un paso más dado por Rusia hacia la hegemonía sobre los dos tercios, lo menos, del antiguo continente.

Canadá.—Para tener idea cabal y completa del ministerio ejercido por los Redentoristas belgas en los bosques del Canadá y de los Estados Unidos, bien será decir qué son las *canteras* del Maine.

Las *canteras* son aquellos parajes más secretos de los bosques donde se reúnen cuadrillas de veinte, treinta y á veces más hombres que, trabajando para el mismo amo, pasan los días cortando árboles, útiles después para la industria y comercio. Adviértase aquí que solamente en invierno se ocupan en tan penosa labor.

Por habitación tienen una choza ó barraca hecha de ramas entrelazadas en que se aloja toda la cuadrilla de una misma *cantera*; la barraca no tiene compartimento alguno; la misma habitación hace á las veces oficio de comedor, dormitorio y lugar de descanso en los tiempos de ocio del obrero. Alrededor y junto á las paredes de la choza se hallan instaladas las camas, no con colchones de pluma y lienzos de Holanda, sino compuestas de verdes ramas y con mantas de trapo bien burdas. La comida la hacen en un rincón de la barraca, ó bien fuera de ella, en lugar muy cercano, y la que sirven á los obreros es sólida y nutritiva, pero nada delicada y siempre condimentada de la misma manera; todo se reduce á carne de puerco salada, á veces rancia, albaricoques secos, galleta de mala harina y té. El alimento de los misioneros es el

mismo que el de los obreros, aunque siempre tienen éstos la delicadeza de ofrecerles las mejores porciones. Duermen como los obreros, y á su lado, sobre ramas de abeto, aunque á las veces el jefe de la cuadrilla les cede su cama, poco más blanda que la de los otros. Y de esta manera dormían los Redentoristas durante todo el curso de la Misión.

Ordinariamente los Padres visitan una *cantera* por día: llegan por la tarde después de comer, entran en conversación con el jefe de los obreros, pidiéndole al mismo tiempo licencia para predicar la santa Misión. Los obreros llegan á la choza encogidos y bien encapotados á eso de las seis de la tarde, cuelgan al rededor del fuego parte de sus vestidos mojados por la nieve, haciendo de la barraca tendido de ropa, á veces bien apestado. Sigue luego la frugal cena, y después emplean un buen rato en fumar la pipa y conversar con los misioneros.

Puestos todos de rodillas, y hecha la oración de la noche, comienza el rezo del Rosario, pero el *Rosario de los canteros*; después del rezo de cada misterio, se glosaba, viniendo á convertirse cada glosa en un buen sermoncito, sobre materias que convenían al auditorio: como descuido de los deberes que impone la Religión, blasfemia, impureza, embriaguez, confesión y penitencia. Tras el Rosario predicaban el sermón propiamente dicho, y después del sermón oían á todos en confesión, que debían de estar terminadas antes de descansar. Los misioneros no se acostaban antes de las once de la noche, y á las cuatro de la mañana, á más tardar, se celebraba la Misa de Comunión, á la cual seguía otra Misa, durante la cual predicaban el postrer sermón. Terminaban la misioncita bendiciendo los rosarios y escapularios, dados gratis á todos los operarios. Todo debía estar terminado á las seis de la mañana, para que los obreros pudieran luego desayunarse é ir al trabajo.

Poco después, los Misioneros emprendían el camino para llegar por la tarde á otra *cantera*, distante como unas cuatro ó seis leguas. En sus viajes cabalgaban sobre caballos que tenían á su disposición durante todo el curso de sus apostólicas Misiones.

Los católicos en Persia.—Una correspondencia de Persia para la *Voce de la Verità* de Roma, trae las siguientes interesantes noticias, que manifiestan la respetuosa deferencia que tienen para con los católicos algunos príncipes paganos de ese lejano imperio.

Su A. I. el príncipe Etzat-el-Sultana, heredero de la corona de Persia, hizo anunciar repentinamente su visita el 9 de Diciembre último á los católicos caldeos de Kosrava.

Según la costumbre que existe en aquel país, de recibir con gran solemnidad á los príncipes y gobernadores del imperio, toda la población corrió al encuentro del noble visitante.

El Ilmo. y Rmo. arzobispo, Sr. Koubadache, los misioneros y todo el clero esperaron al ilustre huésped en la puerta de la Catedral.

El Príncipe llegó, con gran pompa, acompañado de toda su corte. Al ver al Arzobispo, descendió del caballo. El Prelado entonces, seguido por el clero, se acercó á saludarle. Su alteza acogió al Prelado con amable sonrisa, y, después de darle las gracias, entró en el Palacio arzobispal.

El Arzobispo invitó al Príncipe á tomar una taza de té, y éste, á pesar de que los príncipes persas, por costumbre inmemorial, no comen ni beben con sus súbditos, aceptó el convite del Prelado, derogando así el uso establecido.

Mientras todos los nobles de la corte permanecían de pie y con los brazos cruzados, el Príncipe entabló conversación con el Arzobispo.

Después de hacer grandes elogios del celo, valor y trabajos apostólicos del Prelado, Etzat-el-Sultana pronunció en alta voz las siguientes palabras:

— Monseñor, no os imagináis cuánto amo á los cristianos.

Durante más de una hora continuó en afable charla con Mons. Koubadache, y en seguida salieron ambos del Palacio y se dirigieron á la Catedral, en donde fueron recibidos con cánticos ejecutados por un coro de colegiales.

El heredero imperial recorrió con verdadera complacencia la modesta iglesia, y examinó cuidadosamente los ornamentos sagrados, cuya significación preguntaba á cada paso.

De la Catedral pasó el Príncipe á la casa de Misión de los Padres Lazaristas, en donde dirigió á los alumnos del Seminario y de las escuelas dos discursos, uno en francés y otro en persa. Visitó en seguida la Misión de las Hermanas de la Caridad, quienes le obsequiaron con un ramo de flores naturales, que fueron recibidas con muestras de agradecimiento por el Príncipe.

En el momento de salir de la casa de las Hermanas, el Arzobispo le recomendó calurosamente á sus católicos, y S. A. prometió protegerlos con todo su poder.

Al subir al caballo, en medio de los nobles señores de su séquito, de los misioneros y del pueblo que lo rodeaba, dijo, entre otras cosas, el Príncipe al Arzobispo:

— Estoy muy contento con vos, y haré todo lo posible para que lo estéis conmigo. Id á verme á Teherán. Mañana os enviaré un *Kalat* (es éste el presente reservado para los altos personajes), con 100 *toumans* (500 francos) para vuestras escuelas.

La noticia de esta visita de S. A. circuló por toda la comarca, y los gobernadores vecinos, aun el mismo *Mallah* de los musulmanes, fueron á felicitar al Arzobispo.

APUNTES CIENTÍFICOS

Las mil formas de los cristales de nieve.—

Un hombre de ciencia, Mr. Dentley, ha consagrado veinte años de su vida al estudio de los cristales que forma la nieve.

Durante ese transcurso de tiempo hizo más de ochocientas fotografías de dichos cristales, y es curiosísimo el resultado de sus comparaciones. Gracias á ellas se ha descubierto que, así como no hay en un árbol dos hojas iguales, de igual manera no se encuentran jamás dos formas iguales de cristales de nieve.

Cada gran nevada suministra su parte alcuota de formas nuevas.

La temperatura y el grado de humedad en la superficie de la tierra son factores menos importantes que lo que generalmente se cree para determinar la forma y las dimensiones de dichos cristales.

El estado eléctrico de la atmósfera, y parece que también la presencia de cantidades más ó menos importantes de ciertos gases ó vapores, son factores preponderantes en la formación de los núcleos de cristales de nieve.

Dentley ha formulado algunas reglas generales, fruto de sus numerosas observaciones. La primera, es que el

mayor número de cristales más perfectos en forma de tabla, al par que los más hermosos, son más abundantes en las partes O. y NO. de las grandes nevadas. La segunda, es que parece existir una ley de distribución general de las diversas formas, y que los cristales formando columnas, tablas ó granos, predominan en las otras partes de las grandes nevadas.

La orientación de las aves á grandes alturas.—

Los que, dedicándose á la navegación aérea, desean elevarse y mantenerse en el aire imitando á los pájaros, saben ya que con sus máquinas no podrán pasar de limitadas alturas.

La densidad del aire va disminuyendo á medida que nos elevamos, y la resistencia del gas, que sirve de punto de apoyo á los propulsores, va debilitándose incesantemente.

Las aves, fuera de circunstancias especiales, permanecen siempre en una zona vecina de la superficie terrestre.

El sabio físico de Strasburgo mister Hergesell, en una de sus numerosas ascensiones en globo, encontró un águila á la altura de 3,000 metros, y otra vez dos cigüeñas y un busardo á 900 metros.

El día 10 de Marzo de 1890, unos aereonautas vieron una alondra á 1,000 metros de altura; el 18 de Julio de 1899 encontraron dos cuervos á 1,400 metros.

Generalmente sólo rara vez se ven pájaros más arriba de 1,000 metros.

La Sociedad alemana de Ornitología, según M. von Lucanus, ha hecho experimentos para estudiar la marcha de las aves en las capas superiores de la atmósfera.

A alturas comprendidas entre 300 y 3,000 metros, soltáronse pájaros traídos en globo. La mayor parte de las veces se emplearon palomas; en un solo caso un pardillo.

Cuando la atmósfera estaba clara, las aves volaban verticalmente.

Si, por el contrario, las nubes obscurecían la parte inferior de la atmósfera, aquellos pájaros de pronto revoloteaban durante más ó menos tiempo alrededor del globo, para descender como flechas hacia las regiones bajas así que se ofrecía un claro.

La presencia de las nubes ejerce manifiesta influencia en la facilidad de dirección de las palomas.

Aquellos animales fueron soltados en tiempo nebuloso á 50 kilómetros de su residencia.

El primero de ellos no volvió á ella hasta pasadas tres horas; el segundo una hora más tarde; los demás llegaron después de anochecer, siendo así que se les había soltado á las primeras horas del día.

Repitióse el experimento en día claro.

Las palomas hicieron el mismo viaje en un término medio de cuarenta y cinco minutos.

La telegrafía sin hilos.—

Las conquistas de la ciencia están compitiendo de una manera pasmosa con los juegos de imaginación más atrevidos que concebirse pueden, y al paso que van los escudriñadores estudiosos del laboratorio inmenso de la naturaleza, no nos maravillaríamos ver y tocar mañana un nuevo portento, ni siquiera vislumbrado por la humana fantasía en sus audaces excursiones á través de la inmensurable región abierta á todos los anhelos de saber y

á toda clase de conjeturas. Verdaderamente, en el orden físico, ya que no en el moral, desde que una considerable parte de los hombres claman por apartarse del rumbo que la luz de la Religión les marca, llévanos rápido el progreso en su carro volador, de triunfo en triunfo, revelándonos magnificencias mil hasta ayer ocultas en el misterio.

Pertenece ya al número de esas victorias inapreciables por su influencia trascendentalísima en la vida de los individuos y los pueblos, el sistema prodigioso de comunicación que Marconi anunció no ha mucho al mundo, y que viene á partir de entonces acreditando con repetidos éxitos satisfactorios, que permiten augurar otros de mayor alcance positivo dentro de las exigencias ineludibles de la práctica. Porque hoy la ciencia tiende como nunca á «industrializarse,» y en pos del mero goce que al intelecto proporciona la posesión de una luminosa, de una importante verdad, lánzanse los videntes afortunados á la consecución de las utilidades con que ella les brinda, aplicada á fines determinados de interés común.

Esto es lo que ha hecho desde un principio y esto es lo mismo que sigue haciendo con plausible constancia el Sr. Marconi, quien según noticias recientes afirma que muy pronto será posible la comunicación entre Europa y América por medio de la telegrafía sin hilos. Entre tanto y como en prenda del cumplimiento de tal promesa, ha realizado ya experiencias con el telégrafo de su invención, entre las costas de Norte América y la Gran Bretaña, que aparte de algunas deficiencias corregibles mediante el mayor perfeccionamiento de los aparatos, han dado los más halagüeños resultados. Pero sea de esto lo que fuere, es hoy, sin embargo, un hecho innegable que la gran reforma telegráfica del electricista italiano extiende cada día su campo de acción, venciendo aún las mismas dificultades económicas en que escollan á menudo inventos por otra parte apreciables.

Confirma lo que decimos, la noticia recién recibida de Ottawa (Canadá), y según la cual el Gobierno del Dominio ha presentado á la Cámara un arreglo hecho «ad referendum» con el Sr. Marconi.

El Gobierno canadiense concede al Sr. Marconi una subvención de 80,000 dollars, y el electricista establecerá una estación telegráfica en Cap Breton.

El precio de los telegramas particulares queda fijado en diez centavos oro por palabra.

Los telegramas dirigidos á los diarios pagarán sólo cinco centavos oro por palabra.

El submarino en lo futuro.—

Entre las aventuras extraordinarias relatadas por Julio Verne, ¿quién no ha leído las del «Nautilus?» Han sido la delicia de todos los niños y la desesperación de graves personas dotadas de espíritu científico, que no querían ver en ellas más que un tejido de inverosimilitudes. En el número de las más exageradas se contaba la excursión al Polo Sur por medio de una inmersión por debajo de la banca de hielo. Sin embargo, ha llegado el momento. No se ha logrado completamente alcanzar el Polo por el procedimiento del «Nautilus,» pero se ha hecho lo más difícil, es decir, el esfuerzo moral, y aun algo más, pues se construye un submarino con el cual M. Anschutz-Kampfe, de Mónaco, debe realizar tan gloriosa empresa. Según sus cálculos, los hielos polares no alcanzan una inmersión superior á 30 metros. Su barco debe hundirse á 50 metros y permanecer 15 horas debajo del agua.

Está seguro de que en este intervalo encontrará una cortadura que le permita subir á respirar á la superficie del agua... Por otra parte, si es preciso, si el hielo se obstina en cerrarle este camino, lo cortará, en la seguridad de que el manómetro le indicará los puntos débiles de la banca.

Como se ve, todo está previsto; esperamos que la realidad corresponderá á este programa.

Y no es M. Anschutz-Kampfe el único que sueña en las utilizaciones posibles del submarino: hay un ingeniero ruso que se propone convertirlo en fotógrafo de las grandes profundidades; pero M. Goubet, tiene más extensas ambiciones. Quiere abrir el seno del submarino al público en general y convertirlo en trasatlántico. No habrá más oleaje ni balanceos, ni mareo; en una palabra, fuera vientos, lluvias, sol, brumas, etc. Aquello será la perfección.

El inventor invoca el ejemplo del Metropolitano, que tan pronto ha acostumbrado á los parisienses á la vida subterránea. Tal vez tenga razón. No hay que denigrar sus esfuerzos y desanimarle de sus buenas intenciones; pero para los que saben con cuán poca comodidad están actualmente cinco ó seis hombres á bordo de un submarino, la pretensión de convertir esa máquina en trasatlántico parece algo exagerada. Es un admirable aparato de combate y ya es mucho; pero no puede por ahora servir para todo.

El café purificador del aire.—

Muchos enfermos no pueden soportar el olor del cloro ni el del ácido fénico que, con el formol, son los desinfectantes más comúnmente empleados. En tal caso no se sabe qué hacer para sanear una habitación cuyas ventanas sólo es posible abrir muy poco tiempo, si es que pueden abrirse sin peligro para el enfermo.

Ordinariamente suele recurrirse á las aspersiones de agua de Colonia ó á las fumigaciones de azúcar, medios ambos que no tienen más resultado que sustituir á un mal olor un olor agradable, pero que de ningún modo ataca al principio miasmático, por lo cual subsiste el riesgo.

Lo contrario sucede quemando café, pues éste, ardiendo, esparce un olor agradable y además tiene una acción reconocida sobre los miasmas. Bastará, pues, para sanear el aposento de un enfermo quemar dos ó tres veces al día junto á la cama algunos granos de café, bien sea en un braserillo, bien sea en una pala previamente caldeada.

Receta útil.—

No se nota el mal sabor de una medicina si antes de tomarla se tiene en la boca durante un rato, una cáscara de limón ó un clavo de especia.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Catalina Bonal, vda. de Roure, de Bañolas. 32 ptas.

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Teresa Paláu, de Barcelona. 1,000 »



¡SIGÁMOSLE!

VI

EN JERUSALÉN

LA mansión ofrecida por Pilato era un palacio magnífico, pero á pesar de los surtidores y de la sombra de los árboles, el calor en el atrio era sofocante. Los mármoles parecían abrasados por aquel sol de primavera.

Cinna advirtió muy luego en el jardín, no lejos del palacio, un viejo sicomoro que extendía á gran distancia su sombra. El sitio era descubierto y aireado, y allí mandó colocasen la litera de Anthea, que adornó con jacintos y flores de manzano. Sentando entonces junto á ella, le preguntó tomándole las manos, de palidez alabastrina:

—¿Te hallas bien así, querida mía?

—Muy bien, contestó Anthea con voz apenas perceptible.

Y cerró los ojos como dominada por el sueño.

Reinó profundo silencio, sólo interrumpido por ligera brisa que agitaba las ramas haciendo un ruido tan suave como el crujido de la seda, mientras que en torno de la litera los rayos de luz, atravesando el follaje, dibujaban en el suelo caprichosas manchas rojizas, y entre las piedras cantaban los grillos.

Abriendo los ojos la enferma, preguntó:

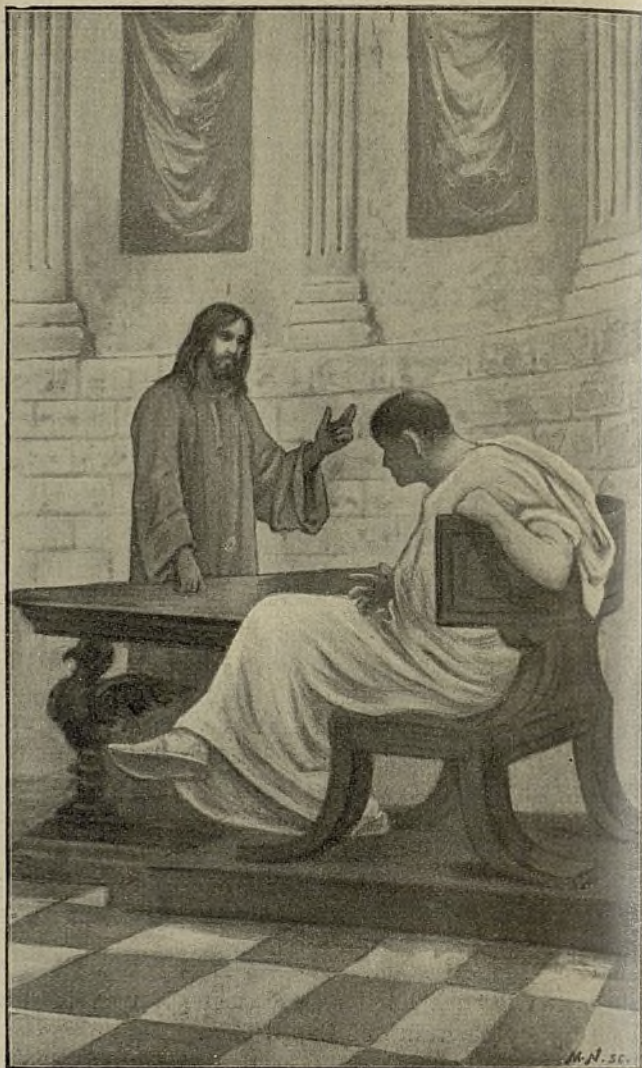
—Cayo, ¿es cierto que en este país ha aparecido un filósofo que devuelve la salud á los enfermos?

—Llámanle el profeta, respondió Cinna. He oído hablar de él, y quería traértelo; pero al parecer es sólo un impostor. Blasfema y predica contra las creencias del país, y por esta causa el procónsul lo ha entregado á los verdugos: hoy mismo debe ser crucificado.

Anthea inclinó la cabeza.

—El tiempo te curará, prosiguió Cinna viendo retratada la tristeza en el semblante de la que tanto amaba.

—El tiempo... está al servicio de la muer-



Y habló con El...

te y no al de la vida, replicó Anthea lentamente.

De nuevo reinó el silencio y continuaron los rayos de luz reflejándose en el suelo. Cantaban los grillos cada vez con mayor fuerza, y de las hendiduras de las piedras salían las lagartijas para saciarse de sol.

Cinna tenía los ojos fijos en Anthea, y por milésima vez cruzó por su mente la desgarradora idea de que estaban agotados todos los remedios... de que era vana toda esperanza... y que en breve no quedaría de aquel ser adorado más que una impalpable sombra, un puñado de ceniza en una urna del columbario de familia.

Cerrados los ojos, y recostada en la litera

cubierta de flores, Anthea parecía la imagen de la muerte.

—¡Yo te seguiré! pensaba Cinna.

De pronto oyéronse pasos á lo lejos.

Palideció más y más Anthea: su boca entreabierta aspiraba el aire con dificultad y anhelo. La infeliz mártir creyó oír los precipitados pasos del cortejo de seres invisibles precediendo al espectro de ojos de brillantes. Mas Cinna le tomó la mano y procuró tranquilizarla.

—No temas, Anthea mía. También oigo yo estos pasos.

Luego añadió:

—Es Poncio Pilato que viene á visitarnos.

En efecto, apareció el procónsul á la vuelta del sendero, escoltado por dos esclavos.

Era un hombre de mediana edad, de rostro lleno y lampiño. Su frente reflejaba, á la vez que gravedad ficticia, inquietud, preocupación y fatiga.

—¡Salud á ti, noble Cinna; y á ti, divina Anthea, salud! dijo al llegar á la sombra del sicomoro. Fresca ha sido la noche; pero el día es bochornoso: ¡que os sea á entrambos propicio! ¡que la salud de Anthea vuelva á ser tan floreciente como estos jacintos, como las flores de manzano que adornan su litera!

—¡Salud, noble Pilato! seas bienvenido, repuso Cinna.

Sentóse el procónsul en un banco de piedra, y al contemplar á Anthea frunció el ceño y dijo:

—La soledad y el fastidio engendran la tristeza y la enfermedad. Entre la multitud desaparecerá el temor. Seguid mi consejo. Aquí, por desgracia, no estamos en Antioquía ni en Cesarea. No tenemos juegos ni carreras, y si levantásemos un circo, estos fanáticos lo destruirían al día siguiente. La única palabra que aquí se oye es: ¡la ley! ¡la ley! Todo hace sombra á esta ley. ¡Ah! ¡cuánto prefiriera hallarme en el país de los escitas!

—¿Qué quieres decir, Pilato?

—En efecto... ¿qué digo? ¡Ah! ¡las inquietudes! Decía, pues, que entre la multitud no pesaría sobre vosotros el temor ni el fastidio. Hoy precisamente podéis asistir á un curioso espectáculo. En Jerusalén hay que contentarse con poco... Procurad, pues, que Anthea se encuentre este mediodía entre la



ECCE HOMO!

multitud. Hoy mismo tres hombres deben morir en cruz. Vale más algo que nada. En la ciudad veréis también á millares los más variados peregrinos, que de todo el país han afluído á Jerusalén para las fiestas de Pascua. Con toda comodidad podréis contemplar á este extraño pueblo. Dispondré que os conduzcan á un lugar excelente, cerca de las cruces. Espero que los ajusticiados darán pruebas de valor. Uno de ellos es un personaje singular: se llama á sí mismo Hijo de Dios, es manso como una paloma, y en realidad no merece la muerte.

—¿Y le condenas á ser crucificado?

—He querido salir del paso, y más que todo, no desencadenar contra mí el furor de ese nido de avispa que hay en el Templo. Ya los sacerdotes se quejan de mí en Roma. Por lo demás, no se trata de un ciudadano romano.

—¿No es ciudadano romano? ¿Acaso por eso serán menores sus sufrimientos? repuso Anthea.

CUATRO NUEVAS ESTAMPAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

Tamaño 44x8 impresas en papel mate superior y adornadas con filete dorado. Acompaña cada una devota oración. Son reproducción de piadosos y artísticos cuadros.

Editadas expreso para ser distribuidas en las funciones religiosas del Mes del Sagrado Corazón.

Se venden al precio de todas las de la colección á 3 ptas. el ciento, y 25 el millar. Por correo y en paquete certificado, 25 cént. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

OBRAS, OPÚSCULOS Y HOJITAS DE DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

El alma religiosa en la escuela del Corazón de Jesús, ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—1 pta. en tela.

El devoto del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Longinos Navas, S. J.—En 16.º, 75 céntimos en tela.

Conocimiento y amor de Jesucristo (Del). Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.º, 150 pesetas en piel.

Corazón educado (El) en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafin Casas Abad.—En 16.º, 25 cént. en rústica, y 20 en tela.

Corazón de Jesús predicado (El). Sermones sobre su devoción, por D. Francisco Cuesta Espino, presbítero.—En 4.º, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

Devoción (De la) al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el P. Segundo Franco.—En 8.º, 1 pta. en rústica, y 175 en pasta.

Mes (Un) en la Escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Enrique de Ossó, Pbro.—En 16.º, 150 pesetas en piel.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—En 16.º, 38 cént. en rústica, y 75 en tela. Edición fina, 75 cént. en rústica, y 175 ptas. en tela y canto dorado. Otra edición en catalán, 38 cént. en rústica, y 75 en tela.

Mes de Junio (El) consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Segundo Franco.—En 16.º mayor, 1 pta. en rústica, y 150 en piel.

Oficios del Sagrado Corazón. En nueve tarjetones de cartulina se explican los Oficios del Sagrado Corazón.—25 céntimos la colección.

Presencia real (La) de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, por Mons. Segur.—En 8.º, 45 cént. en rústica, y 1 peseta en tela.

Promesas de Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita María de Alacoque. Hermoso opúsculo con un bonito grabado á dos tintas, 10 cént. ejemplar.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

Paraíso (Del). Tratado del Padre Segundo Franco, S. J. Versión española del Dr. D. Francisco de P. Ribas y Sevet, Pbro.—En 8.º, 150 ptas. en rústica, y 2 en tela y plancha dorada.

Práctica de los nueve Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. L. F., S. J.—En 8.º, 38 cént.

Reclinatorio para la visita al Santísimo Sacramento, por monseñor Segur.—En 16.º, 60 cént. en rústica, y 1 pta. en percalina.

El Sagrado Corazón. Opúsculo núm. 78 de la *Biblioteca ligera*, por D. Félix Sardá y Salvany.—6 céntimos uno; 10 cént. docena; 1 peseta ciento; 1875 quinientos, y 35 mil.

Sagrada Comunión (La). Por Mons. Segur.—En 8.º, 20 cént.

Sagrado Corazón de Jesús (El), por Mons. Segur.—En 8.º, 75 cént. en rústica, y 175 ptas. en tela.

Santos Misterios (Los), por Mons. Segur. Explicación de las ceremonias de la Misa.—En 8.º, 63 céntimos en rústica, y 112 ptas. en tela.

Tres (Las) Rosas de los escogidos, ó sea el amor al Papa, á la Virgen María y al Santísimo Sacramento, por Mons. Segur.—En 8.º, 75 cént. en rústica, y 125 pesetas en tela.

Triduo, Novena y Primer Viernes de cada mes en honor del Sagrado Corazón de Jesús, por don Enrique de Ossó, Pbro.—En 16.º, 75 cént. en tela.

Venid todos á Mí. Tiene por objeto promover la costumbre de la visita diaria al Señor Sacramentado, por Mons. Segur.—En 16.º, 13 cént.

Flores de Junio para obsequiar al Sagrado Corazón de Jesús durante treinta y tres días, por L. N., S. J. Segunda edición.—En 16.º, 6 cént.

Nuevas flores de Junio. Impregadas de unción divina, son propias para distribuir todos los días de dicho mes en las funciones del Sagrado Corazón de Jesús. Estas hojas las forman 32 hojitas con un grabadito cada una.—9 cént. hoja suelta; 25 hojas, 2 ptas.; 50 id., 3 ptas., y 100 id., 5 ptas.

HOJITAS RELIGIOSAS.

De esta colección, que hoy consta de 175 títulos diferentes, son propias para las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y de la Sagrada Eucaristía las siguientes:

Núm. 2, Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado.—Núm. 8, Metodo para asistir á la Santa Misa.—Núm. 18, Tengo sed.—Núm. 33, Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 39, Amor y reparación.—Núm. 40, Acto de consagración al Divino Corazón de Jesús, por la Beata Margarita de Alacoque.—Núm. 41, Tesoro espiritual de los devotos del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 42, El amor de los amores.—Núm. 49, El Corazón de Jesús agonizante.—Núm. 55, El sacrificio continuo.—Núm. 55, Las promesas del Sagrado Corazón.—Núm. 77, Pacto con el Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 81, Sus delicias y nuestras groserías.—Núm. 83, El primer viernes de cada mes.—Núm. 98, Una quajal del Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 106, Actos ante el Santísimo Sacramento.—Núm. 107, Abrídele al mejor amigo.—Núm. 109, Oración al Sagrado Corazón de Jesús por la conversión de los masones, de los liberales y de todos los enemigos de la Iglesia.—Núm. 117, Novena en honor del Ven. P. Bernardo Francisco de Hoy, S. J.—Núm. 121, Desahogos del alma con el Corazón de Jesús.—Núm. 122, ¡Al Sagrado Corazón!—Núm. 133, ¡Unidos, oh Sagrado Corazón!—Núm. 145, El Sagrado Corazón y los agonizantes.—Núm. 146, ¿Quién es, qué hace, qué quiere este prisionero de amor?—Núm. 150, Gozos al Sagrado Corazón de Jesús.—Núm. 151, Obras eucarísticas al alcance de todo el mundo.—Núm. 156, El Santísimo Viático.—Núm. 170, Primera consagración al Corazón adorabilísimo de Jesús, por la Beata Margarita.—Núm. 171, Oración y acción contra la Masonería. (Todas con grabado, excepto el núm. 81).

Precio: 125 ptas. el ciento de cada número, y 10 el millar.—Para los pedidos basta indicar el número de cada hojita.

OBRAS NUEVAS

LA REINA MÁRTIR

Apuntes históricos del siglo XVI, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 8.º mayor, 4 ptas. en tela. Por correo, 50 cént. más.

NUEVAS ESTAMPAS

Forman parte de la hermosa colección 14x8, impresas en papel mate superior y adornadas con filete dorado.

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

Reproducción de artístico cuadro, acompaña á la estampa un breve resumen histórico de la veneranda Imagen. Precio: 3 ptas. el ciento y 25 el millar.

LA MUERTE DE SAN JOSÉ

Preciosa composición que respira la más acendrada piedad: va acompañada de devota práctica de los Dolores y Gozos de San José para hacer los Siete Domingos. Precio: 3 ptas. el ciento y 25 el millar.

LA SAGRADA FAMILIA

Reproducción, como las anteriores, de notabilísimo cuadro. Forma el texto de la estampa breve súplica y un fragmento de una homilia de San Bernardo. Precio: 3 ptas. ciento y 25 el millar.

LA VIRGEN DE LOS DOLORES

El rostro de la Virgen refleja y hace sentir lo inmenso del dolor con la tortura. Completa la estampa breve y devoto Septenario de los Dolores de María Santísima. Precio: 3 ptas. ciento y 25 el millar.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

EN PRENSA

ESTAMPA DE LAS PROMESAS DEL SDO. CORAZÓN

Está imprimiéndose una nueva edición de dicha estampa á cuatro tintas, con orla dibujada expreso á tres tintas. El tamaño de la misma es de 50 cm. ancho por 33 alto, impresa en magnífica cartulina, destacándose en el centro de dicha estampa una preciosa imagen del Sagrado Corazón, pintada expreso por el R. P. F. Morell, S. J., y á ambos lados las promesas del Sagrado Corazón. Precio: 30 cént. una, y 25 ptas. ciento. Por correo y en paquete certificado, cada 50 estampas, 75 cént. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona